LA CUARTA DE MAYO

POR

E. SCRIBE Y A. BAYARD.

TRADUCIDO DEL FRANCES.

MADRID:
IMPRENTA DE DON ANTONIO YGNES.
Calle de Sagasta, núm. 8.
1851.

LOS COBRADORES DEL BANCO.

DRAMA

EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO DEL FRANCES.

MADRID:

IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,

Calle de Segovia, núm. 6.

—

1844.

PERSONAS.

MARIGNON.
JOSÉ DUVAL.
DOMINGO.
BERDIER.
MOULINET.
RAMPONEAU.
JULIO BIDAUT.
DURAND.
UN CONSUL.
UN CABO.
MARIA.
LUISA MARIGNON.
ENRIQUETA.
UN MÉDICO.
EL CÓMITRE DEL PRESIDIO.
COBRADOR 1.º
COBRADOR 2.º
JUAN.
UN COMISARIO.

La escena es en Francia.

Este drama es propiedad de la Sociedad de escritores dramáticos, la cual perseguirá ante la ley al que el reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa la sala de los cobradores del banco. Al levantarse el telon entran varios cobradores con talegos de dinero y salen otros. Varias personas se acercan á las mesas á cobrar.

ESCENA PRIMERA.

DURAND, COBRADORES, *y varias personas.*

UN JÓVEN. (*A un cobrador.*) Teneis la bondad de decirme cuál es la mesa del señor Marignon?

COBRADOR. El n.º 2. (*Señalando á la mesa principal que está en el proscenio.*) Ahí la teneis.

DURAND. Volved de aquí á un cuarto de hora, caballero; Marignon no ha venido todavia y no debe tardar, porque es el mas puntual de los cobradores del banco.

UN JÓVEN. ¡Vamos allá!... esperaré un rato. (*Se aleja.*)

DURAND. Hoy es el primer dia que Marignon no está en su puesto á la hora.

COBRADOR. 2.º Debe haberle sucedido alguna cosa.

DURAND. Sí por cierto: pues desde hace veinte años que los dos estamos empleados en el banco, nunca le han dado una queja ni ha sufrido la menor reprimenda. Es cosa que me ha estrañado el no verle cabo como yo.

COBRADOR. 2.º Ha tenido siempre muy poca suerte.

716524

DUVAL. ¿Cómo sigue vuestra tia?

MARIA. Mucho mejor: la he dejado descansando tranquilamente y he venido corriendo á daros esta buena noticia.

MARIGNON. Mil gracias, querida mia. Esa noticia me vá á dar fuerzas para todo el dia... los talegos de dinero no me pesarán tanto en los hombros. Ahora me permitirás que acuda á mi obligacion. (*Se dirige á la mesa.*)

DUVAL. (*A Maria.*) ¿Y habeis dejado sola á vuestra tia?

MARIA. No tal: Enriqueta me ha hecho el favor de hacerla compañia.

DUVAL. Siempre esa muchacha... os he suplicado, sin embargo, que no frecuenteis su compañia.

MARIA. Cómo he de romper su amistad despues de los grandes servicios que nos ha hecho? seria una ingratitud.

DUVAL. Mejor diriais que os agrada su amistad porque os adula con sueños de grandeza, de coquetería, de lujo...

MARIA. Esas sospechas, Duval...

DUVAL. Tal vez son injustas... perdonadme entonces mi severidad. (*Ecsaminándola.*) ¡Qué bien puesta venis?... ¿Quién diria, al veros, que sois una pobre costurera?

MARIA. Es con motivo de que voy á... (*Duval se dirige á su mesa sin escucharla.*)

MARIGNON. (*A Moulmet apartándose de la mesa.*) ¿Y tú no dices nada, Moulmet? ¿qué te trae por acá?

MOULMET. En primer lugar, papa Marignon, he acompañado á vuestra sobrina en calidad de defensor para preserverla de las miradas de algunos pisaverdes...

MARIGNON. Ya comprendo.

MOULMET. En segundo lugar espero á vuestro hijo Domingo... para aquello de la quinta.

MARIGNON. Ahora recuerdo que hoy debeis sacar el número.

MOULMET. Me ha dicho que le espere aquí... dentro de una hora voy á meter los cinco dedos en el sombrero de la justicia.

MARIGNON. ¿No temes caer soldado?

MOULMET. Nunca lo he temido.

MARIGNON. Eres un valiente.

MOULMET. Soy valiente y exento del servicio. Mi padre me aseguró desde que nací...

MARIGNON. La misma precaucion tomé yo con Domingo.

MOULMET. Parece que lo toma con calma el susodicho Domingo... voy á dar por aquí una vuelta mientras vienes;

me entretendré viendo los montones de dinero. Solo hay en el mundo dos clases de tiendas que llaman mi atencion: las de cambiantes de monedas y las de comestibles: cualquiera de estas dos carreras me hubiera convenido: sobre todo la de los comestibles. (*Vase hácia el fondo.*)

MARIA. (*Aparte mirando á Duval.*) Se ha enfadado conmigo... no quisiera irme sin hablarle. (*A Marignon.*) Si no teneis nada que mandarme me volveré á hacer compañia á la tia.

MARIGNON. Sí, vé allá, hija mia: no la abandones un momento. (*Maria se aleja mirando siempre á Duval.*) ¿Qué es eso? ¿no dices nada á ese pobre Duval?

MARIA. (*Con timidez.*) Parece que está muy ocupado... temo distraerle...

MARIGNON. ¡Ba! ¡José! (*Llamando.*)

DUVAL. (*Saliendo de una profunda meditacion.*) ¿Eh? ¿qué quereis?

MARIGNON. ¡Pardiez! que se vá Maria, y la pobre muchacha se ha puesto triste al ver que su novio no la dice una palabra.

DUVAL. ¡Maria!... ¡ah! sí... aqui estoy... creia... (*Se levanta de la mesa y se acerca á Marignon.*)

MARIGNON. Vamos, dila algo... yo examinaré tu caja... bien sé que no hay error ninguno: pero no importa. (*Bajo.*) Bueno es que parezca estar ocupado para que hableis con mas libertad. (*Se dirige á la mesa de Duval y cuenta el dinero preocupado. Duval se acerca á Maria y se detiene asombrado al ver que Bidaut se dirige á ella y la habla con la mayor franqueza.*)

ESCENA IV.

DICHOS Y BIDAUT.

BIDAUT. (*A Maria.*) ¡Calla! si no me engaño es la linda Maria á quien tengo el honor de saludar.

MARIA. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡el señor Bidaut! (*Alto.*) La misma soy... pero perdonadme si no puedo estar aquí mas tiempo...

DUVAL. (*Aparte.*) ¿Quién es este hombre?

BIDAUT. ¿Os vais tan pronto? cuando ya me felicitaba yo por haber encontrado una dicha tan grande donde solo esperaba hallar el fastidio que proporcionan los negocios.

MARIA. Me encuentro aquí por una casualidad. Mi tio es...

BIDAUT. Un cobrador del banco, ya lo sé. Mi hermano es uno de los principales administradores de este establecimiento, y si quereis alcanzar por medio de su influjo...

DUVAL. (*Colocándose entre los dos.*) La señorita Maria no solicita nada. Su tio espera sus adelantos por los servicios que ha prestado y no por la intriga ni el favor.

MARIA. ¡José!

BIDAUT. (*Mirándole con el lente.*) ¿Y quién sois vos, señor mio?

DUVAL. Soy...

BIDAUT. ¡Ah! ya caigo... sois uno de nuestros dependientes; el n.º 1 me parece... pues señor número uno, teneis que cobrar hoy en nuestra casa una cantidad muy considerable, y os recomiendo eficazmente...

DUVAL. Yo admito solamente las recomendaciones de mis gefes. Me llamo Jósé Duval y soy el futuro esposo de la señorita Maria.

BIDAUT. ¿Su futuro? Os doy la enhorabuena.

DUVAL. Acabemos con los cumplimientos.

BIDAUT. (*A Maria.*) Ahora es cuando oigo hablar por primera vez de ese casamiento. Nuestra amiga Enriqueta no me ha dicho nunca una palabra.

DUVAL. Eso consistirá tal vez en que nuestra comun amiga Enriqueta, ha pensado juiciosamente que no os interesaba.

BIDAUT. No todos son de vuestro parecer, señor número uno.

DUVAL. (*Irritado.*) Os he dicho que me llamo José Duval.

MARIA. (*Colocándose en medio.*) ¡Señores!... (*A Bidaut.*) Ignoro lo que ha podido deciros Enriqueta... es una buena muchacha que tiene un corazon escelente: pero la cabeza algo ligera... sino fuera porque la estoy agradecida á varios servicios que ha hecho á mi familia...

DUVAL. (*Aparte.*) ¡Otra vez lo mismo!

BIDAUT. Servicios que exagera nuestra nobleza de alma... Yo os juro que nada debeis á Enriqueta.

MARIA. ¿Qué quereis decir?

BIDAUT. Nada mas que aseguraros que se le paga muy bien la dicha de seros útil: (*Bajo.*) y que yo me consideraria

muy dichoso pudiendo hacer por vos mil veces mas que Enriqueta.

MARIA. ¡Caballero! yo no sé...

DUVAL. ¡Maria! os olvidais de que vuestra tia está enferma, y os espera. Estoy muy persuadido de que deseais que concluya esta conferencia: y yo deseo vivamente (*A Bidaut.*) que no vuelva á renovarse. (*Coge á Maria de la mano: Bidaut saluda.*)

BIDAUT. (*Aparte.*) Decididamente el señor número uno está rabiando de celos!... ¡Mejor! á mi me entusiasman los obstáculos... tiene aun mas gracia el lance... Venga pues ese hombre que me ha prometido su cooperacion y de seguro me salgo con la mia. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V.

DICHOS *menos* BIDAUT.

DUVAL. ¡Maria! ¿conoceis á ese hombre?

MARIA. Le he visto una ó dos veces...

DUVAL. ¿En casa de Enriqueta, no es verdad?

MARIA. No.

DUVAL. ¿Pues en dónde?

MARIA. En casa de la dueña del almacen de lienzos donde trabaja Enriqueta... dá algunas reuniones...

DUVAL. Y habeis asistido á ellas, ¿no es verdad, Maria?

MARIA. (*Vacilando.*) Una vez sola.

DUVAL. ¿Seria brillante, no es cierto? Estaria llena de bellezas ricamente vestidas, de hombres acaudalados y elegantes?

MARIA. (*Con candidez.*) ¡Y qué diferente es la sociedad que vemos todos los dias! ¡oh! nunca olvidaré la noche que pasé en aquella sala donde se respiraba una alegria y una felicidad que embriaga.

DUVAL. (*Con amargura.*) Teneis razon Maria... sí embriaga. ¿Y en medio de la algazara de la fiesta, escuchásteis sin incomodaros las galanterias de algun adorador?

MARIA. Solo uno se atrevió...

DUVAL. (*Sonriendo.*) ¿Bidaut quizas?

MARIA. Sí; pero os juro que siempre le he recibido mal.

DUVAL. ¿Y los demas? aquellos hombres ricos y corteses fijaban tambien en Maria sus miradas de admiracion?

MARIA. Solo por vos me envanecia, Duval.

DUVAL. ¿Y las mugeres envidiaban vuestra belleza, como vos tal vez envidiábais sus elegantes trages?

MARIA. ¡Oh! ¡me hacia tan feliz aquella envidia! Si hubiera yo tenido solo un momento sus vestidos y alhajas para eclipsarlas del todo... estoy segura, querido mio, que nada hubiera faltado á mi dicha, á mi triunfo completo. (*Duval se aleja de ella bruscamente cubriéndose los ojos.*)

DUVAL. ¡Dios mio! he aquí lo que me temia.

MARIA. (*Asustada.*) ¿Qué teneis, Duval? ¿qué mal hay en eso? ¿Qué importa que el recuerdo de aquella sociedad bulliciosa, que solo he visto una vez, vuelva de cuando en cuando á mi memoria? ¿qué importa si os amo con toda mi vida, con toda mi alma?

DUVAL. Lo que importa, Maria, es que vuestra vida no sea desdichada ó culpable.

MARIA. ¡Culpable!

DUVAL. Importa que nuestra union no sea funesta para uno de los dos. (*Acercándose á ella y con voz sombría.*) Durante algunas semanas, algunos meses tal vez el amor de vuestro esposo apagará ese deseo de ostentacion y de placer que os devora: pero despues vendrán los recuerdos, luego la pena, luego las lágrimas... y solo el veros llorar me hará muy desgraciado.

MARIA. ¡Duval!

DUVAL. ¡Oh! vos no habeis podido conocerme todavia. Como me he educado en la escuela del infortunio, he aprendido á encerrar en mi corazon todas mis pasiones, todos mis deseos, todos mis sufrimientos, y cuando temiendo caer apartaba mis ojos de ese mundo que me fascinaba... deciais vos Maria:—¡Dichoso Duval que nada desea!

MARIA. ¿Y bien?

DUVAL. Os engañábais, María. Se engañaban todos los que juzgando por las apariencias, admiraban la calma aparente de mi alma: porque la mano de la miseria es la que me ha encadenado á la profesion que ejerzo: porque ha veinte años soñaba con todas esas ilusiones que os agitan ahora: porque mi pobreza me agobia, y escuchadme, Maria. Adorais el lujo y yo no puedo dároslo: amais el fausto y la riqueza, y yo no puedo proporcionaros nada de esto por-

que soy pobre... ¡ah! compadeceos de mí, Maria: tenia mis propios martirios que me agobiaban hace tiempo y ahora han venido los vuestros á colmar mi suplicio.

MARIA. ¡Duval! ¡Duval!... no os habia comprendido es verdad... sí, he sido muy injusta con vos.

DUVAL. Aun no os lo he dicho todo. En esta sala viene á acrecentar mis tormentos otro nuevo y mayor que los demas... oigo el sonido del oro y de la plata, y ese sonido me persigue en mi casa cuando estoy solo, y por las noches cuando duermo haciéndome despertar sobresaltado. Ese sonido vá conmigo á todas partes, Maria. Y cuando pienso que soy pobre, cuando reflexiono en vuestra pobreza, tengo oro al rededor de mí, oro debajo de mis manos, oro por todos lados... oro que fascina mi vista, que pesa sobre mis hombros, y soy pobre. Y para compensar tanto suplicio solo tengo el derecho de levantar con orgullo mi cabeza para decir: aqui teneis á un hombre honrado.

MARIA. Y os bastará esa recompensa, Duval, yo os lo prometo... os juro que no volverán á pasar por mi imaginacion esas locas ilusiones de riqueza y de fausto... Buen ánimo, Duval: quién sabe si algun dia no sereis mas de lo que sois.

DUVAL. Es imposible. No penseis mas que en mi estado presente.

MARIA. Pues bien, nos resignaremos... pero el tiempo se vá pasando y mi tia tal vez me eche de menos... á Dios, amigo mio, á Dios.

DUVAL. A Dios Maria... (*Vase esta.*)

ESCENA VI.

DICHOS *menos* MARIA.

DUVAL. ¡Resignarse! eso es estar siempre sufriendo.

MARIGNON. (*Acercándose á él con alegria.*) ¿Y bien que tenemos, querido mio? ¿Cuándo es la boda? ya lo habreis decidido entre los dos: porque tiempo habeis tenido para ello segun lo que habeis estado hablando: pero á la verdad eso no prueba nada, pues los enamorados se están hablando un siglo para no decir nada que valga la pena.

DUVAL. Aquí viene vuestro hijo.

ESCENA VII.

DICHOS, DOMINGO, MOULINET.

DOMINGO. Buenos dias, padre... señor Duval...

DUVAL. Felices, Domingo.

MARIGNON. ¿Qué es eso de señor Duval? ¿No puedes llamarle, José á secas, y darle un buen apreton de manos?

MOULINET. (*Aparte.*) El papá no sospecha la rivalidad que existe entre los dos.

MARIGNON. ¿Y bien?

DUVAL. A mí me estraña tambien como á vuestro padre. ¿Teneis algun motivo para estar quejoso conmigo?

DOMINGO. ¿Yo? de ninguna manera.

DUVAL. (*Alargándole la mano.*) Pues entonces...

MOULINET. (*Bajo á Domingo.*) Préstale la mano... no se quedará con ella.

(*Duval y Domingo se aprietan la mano, y Moulinet se la estrecha despues.*)

MARIGNON. Asi me gusta... ¿con que vais á sacar la suerte?

DOMINGO. Sí señor.

MOULINET. Vamos á ir á paso de ataque como dos valientes que á nadie tienen miedo.

MARIGNON. No vayais á sacar buenos números: porque entonces me hariais sentir el haber asegurado á Domingo: y porque mas vale dejar los números altos para los pobres que no pueden pagar un sustituto.

MOULINET. Lo que es por mi parte ya tengo echado el ojo al que va detras del cero... es decir, al número uno.

DOMINGO. Habeis hecho mal en consagrar para mi reemplazo una suma tan grande. Mas hubiera valido tal vez dejarme partir.

DUVAL. ¿Qué decís?

MARIGNON. ¡Partir!

MOULINET. (*Aparte.*) Esto lo dice por sus amores... ¡pobre chico! está en desgracia... ¡ah!

DOMINGO. El señor Duval no comprende ese deseo de abandonar á Paris, porque en él vive feliz y adorado.

MOULINET. (*Aparte.*) Alusion del mismo al mismo.

MARIGNON. ¿Cómo es eso, ingrato? ¿Hay alguno que no te ame aqui?

DOMINGO. Preguntad antes quién me ama.

MARIGNON. ¿Eh? ¿Pues y yo? ¿y tu madre? tu pobre madre que se moriria de pena si cayeras soldado: y yo la seguiria bien pronto si no estuvieras á nuestro lado.

DOMINGO. Sí, teneis razon: maldecidme, padre mio; porque como habeis dicho muy bien, soy un ingrato.

MARIGNON. Vamos, le perdono: pero con la condicion de que no te se vuelvan á ocurrir semejantes ideas.

MOULINET. Dice bien; sigue mi egemplo. ¿Se me ocurren á mí algunas ideas?... en la vida.

MARIGNON. Vamos, pues, poneos en marcha, que yo tengo que hacer aqui.

DOMINGO. Adios, padre mio.

MOULINET. ¡De frente marchen: herrs! Adios papá Marignon y la compañia.

DUVAL. Adios, amigos mios.

ESCENA VIII.

MARIGNON, DUVAL.

DUVAL. Vuestro hijo tiene alguna pena oculta.

MARIGNON. Ya lo he sospechado y será preciso descubrir la causa... será quizás algun amorcillo: pues por lo demas es como su padre que siempre se ha contentado con su suerte, teniendo con su trabajo lo suficiente para vivir dichoso y tranquilo hasta el dia en que perdí á mi mayor amigo, á tu pobre padre José... muy grandes sacrificios he tenido que hacer para conservar intactos su nombre y honradez... no lo digo esto para que me lo agradezcas.

DUVAL. ¡Oh! ya lo sé Marignon: y si algun dia necesitais mi vida...

MARIGNON. ¡Tu vida! ¿qué quieres que haga yo de ella? En fin, volviendo á nuestro asunto, todo está ya reparado... á Dios gracias he hecho mis ahorros y si no tengo como los demas compañeros un pequeño capital, he podido al menos completar ayer en casa del señor Dermond el banquero, el precio del seguro de mi hijo Domingo, y los mil doscientos francos por los que me perseguian hace tres meses.

DUVAL. Quiere decir que ya no temeis nada.

MARIGNON. Absolutamente nada; y sino fuera por la enfermedad de mi muger seria tan feliz como nuestros compañeros.

DUVAL. Toda vuestra gloria es la probidad.

MARIGNON. Y no es menos conocida que merecida esa reputacion. Desde hace veinte años no he conocido á uno solo que me la desmintiese... ni uno... me he equivocado, ha habido una persona que digera lo contrario y es esa. (*Señalando á Berdier que entra.*)

ESCENA IX.

DICHOS BERDIER *que se dirige á una mesa del fondo donde se detiene y paga.*

DUVAL. ¿Ese hombre? no es cobrador del banco; es un tal Berdier empleado en el tribunal de comercio.

MARIGNON. Y sin duda deshonrará esa profesion como ha deshonrado la nuestra.

DUVAL. ¿Qué decís?

MARIGNON. Un dia faltaron diez mil francos de su cuenta y juró y perjuró que los habia perdido: todos los demas hicimos un reparto y reemplazamos aquella cantidad haciendo que saliera de nuestro cuerpo.

BERDIER. (*Acercándose*). ¡Ah! Marignon; deseaba hablarte.

MARIGNON. Pues yo me iba: yo no deseo veros en ninguna parte.

BERDIER. ¿Qué es esto? otro que no fuera yo llamaria á esto una falta de cortesania.

MARIGNON. En otro no lo dudo: (*A Duval.*) en él es una justicia.

BERDIER. Pero ten la bondad de esplicarme...

MARIGNON. Yo no esplico nada. Cuando lo pasado es desagradable no me gusta recordarlo.

BERDIER. ¡Vamos allá! parece que te duele el haberte desprendido de aquella pequeña parte que tuviste que ceder cuando mi pérdida de hace cuatro años! ¿Piensas que no estoy en volvértela?

MARIGNON. Eso lo tengo olvidado hace tiempo, y ahora daria otro tanto con tal de que no hubiese existido semejante pérdida.

BERDIER. Con que eres tú de los que dudan de la realidad del caso, es decir, de mi probidad?

MARIGNON. (*Aparte.*) ¡Su probidad! (*Alto.*) Voy á deciros francamente mi opinion. Perder su propio dinero es una majaderia: perder el de un compañero es una falta: pero el del banco es en nosotros un crímen.

BERDIER. ¡Un crímen!

MARIGNON. Sí señor; esa es mi opinion. (*Le vuelve la espalda y se pone á hablar con Duval.*)

BERDIER. (*Aparte.*) ¡Siempre el mismo! ¡Siempre insultándome y despreciándome! pero paciencia, yo me vengaré. (*Alto.*) Habeis de saber, señor Marignon, que si he venido á buscaros no ha sido para escuchar vuestra moral, y mucho menos para daros la mano. Queria solamente preveniros que hemos recibido la orden de volver á importunaros tocante á aquellos mil doscientos francos...

DUVAL. ¿Qué dice?

MARIGNON. Mañana quedarán pagados.

BERDIER. (*Aparte.*) ¡Mañana! hoy quizás sabrá el golpe que le amenaza.

MARIGNON. Yo mismo iré á llevar el dinero al señor Delahaye.

BERDIER. Si el crédito no está ya en manos del señer Delahaye.

MARIGNON. ¿Cómo?

BERDIER. Hay una persona que ha pagado, y en nombre de ella se os persigue.

MARIGNON. ¿Y quién es?

BERDIER. ¿Qué os importa? una vez que os hallais con dinero para pagar...

ESCENA X.

DICHOS. DURAND *y los demas cobradores.*

DURAND. ¡Atencion señores! ¡Andres! aqui teneis los billetes que habeis de cobrar en vuestro distrito... total 32000 francos.

ANDRES. Está bien.

DURAND. (*A otro.*) Ahi teneis los vuestros... ¡Duval! 60000 francos... la mitad en la casa Bidaut.

DUVAL. (*Aparte.*) En casa de ese fátuo que hace un momento...

DURAND. Tú, amigo Marignon, 50000 en varias partes.... 120.000 en casa de Lafitte... vamos á los demas. (*Se dirige á los otros cobradores hablando bajo con ellos: cada uno va á su mesa á hacer los preparativos para marcharse*).

MARIGNON. ¡170.000 francos! ¡poca cosa! (*Mirando á Berdier.*) no importa... todo entrará sin faltar un céntimo. (*Pasando delante de él.*) El dinero del banco no se pierde.

DURAND. Marchemos pues.

TODOS. Marchemos.

ESCENA XI.

DICHOS *y* MARIA *que viene corriendo.*

MARIA. ¡Tio! ¡tio! ¡venid pronto, venid!

DUVAL. ¿De qué proviene esa turbacion Maria?

MARIGNON. ¿Qué sucede?

MARIA. Ya sabeis que desde esta mañana habia empezado mi tia á estar mas tranquila, y todos nuestros temores se iban disipando: pero hace un momento que han llevado una carta, y asi que la ha leido se ha puesto á llorar desconsoladamente sin poder articular palabra. Al cabo de un rato solo ha podido pronunciar... «Marignon... hijo mio... mi pobre hijo...» y ha caido á mis pies exánime, fria, casi muerta.

MARIGNON. ¡Gran Dios! ¿Qué ha sucedido?

MARIA. He mandado ir al médico inmediatamente y le he pedido por Dios que no la abandone mientras yo vengo á buscaros, porque á lo que puedo entender quiere hablaros y temo que de un momento á otro...

MARIGNON. ¡Mi pobre Luisa! sí, allá voy... allá voy... pero esa carta... ¿qué puede contener?

BERDIER. (*Aparte.*) Bien lo sé yo.

DUVAL. No perdais tiempo amigo mio... es preciso acudir inmediatamente.

MARIGNON. Sí, sí... ¿pero y mi deber? ¿Y á donde he de acudir?... no sé donde tengo la cabeza... escucha, Duval... amigo mio... es preciso que tú te encargues de mis comisiones... yo no tengo ahora la calma necesaria para contar sumas tan crecidas... ya ves, Duval... mi muger que está quizás á las puertas de la muerte... yo no sé lo que voy á hacer... puedo equivocarme... ¡Oh! tú te encargarás de ello ¿no es verdad?

DUVAL. Podeis descuidar.

MARIGNON. Yo voy corriendo á mi casa y despues haré las cobranzas del distrito... todo lo que pueda... no es lo que debo; ¿pero quién puede pedir mas á un infeliz que tiene á su esposa al borde del sepulcro?... (*Dándole letras de cambio*). Toma, toma.

ESCENA XII.

DICHOS, *y* BIDAUT.

MARIGNON. (*A Duval conduciéndole á su mesa*). 120.000 francos, ya ves... ¡ah! toma tambien esta cartera.

BIDAUT. (*Bajo á María.*) Tened la bondad de leer esta carta cuando esteis sola.

MARIA. ¿Una carta de vos? (*La rechaza.*)

BIDAUT. Una gran desgracia está amenazando á vuestra familia: tomad Maria, y no os olvideis de que teneis un amigo dispuesto á socorrer á vuestros parientes.

MARIA. ¿Una gran desgracia decís? pero, caballero...

DUVAL. ¡Otra vez este hombre! (*Se coloca entre los dos mirando á Bidaut con desconfianza, mientras Maria oculta la carta.*)

MARIGNON. (*A Duval.*) No echarás nada en olvido, ¿no es verdad, José? ten calma y todo lo que me falta en este momento.

DUVAL. No tengais cuidado.

MARIGNON. Vamos pues; Maria, corramos á socorrer á Lui-

sa... Quiera Dios que lleguemos á tiempo. (*Vanse Marignon y Maria.*)

BERDIER. Todo marcha como lo habia previsto.

BIDAUT. Silencio.

BERDIER. Cuándo recibiré vuestras órdenes, señor Bidaut?

BIDAUT. En este mismo momento... sígueme.

FIN DEL PRIMER ACTO.

Acto segundo.

El teatro representa el cuarto de Marignon.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, MARIA, DUVAL, ENRIQUETA *y* MARIGNON.

MARIGNON. (*Acercándose á Luisa.*) Y bien Luisa, ¿cómo te encuentras?

LUISA. Mejor, mucho mejor.

DUVAL. Esta mañana estabais tan sosegada... ¿qué ha podido motivar esta nueva crisis?

ENRIQUETA. La carta que ha recibido.

MARIGNON. ¿Pero qué contenia esa carta? te habrás asustado sin motivo.

LUISA. ¡Sin motivo!.. ¿con qué no la has leido? ¿no sabes las desgracias que nos amenazan?

MARIGNON. No.

LUISA. ¿No sabes que nos exigen hoy mismo los mil doscientos francos que debemos?

MARIGNON. Ya los he realizado.

LUISA. Nos los han robado.

MARIGNON. ¿Cómo?

TODOS. ¿Qué dice?

LUISA. ¿No sabes que á mi hijo querido le ha tocado quizas en este instante la suerte de soldado... que pueden arrebatarle de mi lado por el espacio de siete años, óquién sa-

be si para siempre... porque antes de que se cumpla el término no podré soportar mi dolor?

MARIGNON. ¿Pero no sabes que le tengo asegurado? ¿no sabes que ese dinero, asi como el de nuestra deuda, lo tengo depositado hace dias en casa del banquero Dermons?

LUISA. El banquero Dermons se ha escapado.

MARIGNON. ¡Gran Dios! ¿quién lo ha dicho? ¿qué prueba tienes?

LUISA. Mírala. (*Le da la carta.*)

MARIGNON. (*Leyendo.*) «El banquero Dermons se ha declarado en quiebra y ha desaparecido de Paris esta mañana...» ¡Oh!

LUISA. ¿Piensas ahora que son vanos mis temores, y que me he alarmado sin motivo?...

DUVAL. ¡Qué de desdichas. Dios mio!

MARIGNON. (*Llorando.*) ¡Mi pobre hijo!

LUISA. ¡Oh! se ha perdido... ¡por qué el cielo no se apiada de nosotros!... todas las desgracias en un dia... yo no sé como existo.

MARIA. ¡Oh! no digais eso, señora... el cielo puede socorrernos.

MARIGNON. No, todo se acabó para nosotros.

DUVAL. (*Bajo.*) Recordad las palabras del doctor, y no añadais una nueva desgracia á las que os persiguen.

MARIGNON. Dices bien, Duval; tendré valor solo por ella... lucharé hasta el fin, hasta que quiera Dios socorrernos ó agobiarnos del todo. (*Acercándose á Luisa.*) Hacemos mal en alarmarnos de esta manera; no hay que desesperar aun.

LUISA. ¡Oh! quiera Dios que asi sea.

DUVAL. Es necesario que trateis de tranquilizaros... entrad en vuestro cuarto y reposad un poco... el médico nos lo ha recomendado eficazmente.

LUISA. Está bien... lo haré como querais.

MARIA. (*Bajo á Enriqueta.*) Espérame... necesito hablarte.

ENRIQUETA. Bueno. (*Todos menos esta se van conduciendo á Luisa.*)

ESCENA II.

ENRIQUETA, *despues* MARIA.

ENRIQUETA. ¡Pobre gente! su desesperacion me llega al alma ¡oh! lo que es la miseria... no hay nada mas espantoso.

MARIA. (*Saliendo.*) Sí tal, el oprobio y la vergüenza.

ENRIQUETA. Deja esas frases al señor Duval. Querida mia, hay menos peligro de deshonrarse cuando una está al abrigo de la necesidad y no la falta nada.

MARIA. No quiero escuchar hoy los consejos que me das los demas dias... Duval es severo, pero le amo, y aunque pobre le estimo y le venero: prefiriendo la miseria con él...

ENRIQUETA. ¿A la opulencia con otro?

MARIA. Sí, y sobre todo á las riquezas que habia yo de pagar con mi honra.

ENRIQUETA. ¿Quién te habla de semejante cosa? El señor Bidaut no puede...

MARIA. Solo para hablarte de ese sugeto te he dicho que me esperaras.

ENRIQUETA. Pues ya escucho.

ESCENA III.

DICHOS *y* DUVAL.

DUVAL. (*Aparte.*) ¡Juntas! ya me lo esperaba.

MARIA. Hasta ahora, ese hombre que te ha encontrado por casualidad, segun dices, en tu casa, no se habia mostrado conmigo sino galante y...

ENRIQUETA. Ya lo creo: á pesar del mucho amor que te tiene siempre te ha tratado con el mayor respeto y el mayor miramiento.

MARIA. No lo niego: pero hoy se ha atrevido á escribirme una carta, obligándome á tomarla con el pretesto de que encerraba la declaracion de una nueva desgracia que nos amenazaba: pero sin revelarme el sacrificio que me imponia

para evitarle. Yo exijo que le vuelvas esta carta, diciéndole de mi parte que rechazo horrorizada esas brillantes joyas que pone á mis pies, y ese lujo con que quiere fascinarme.

ENRIQUETA. Y tú quieres que vaya con esa comision al señor Bidaut, y que le diga...

MARIA. Que en adelante no nos veremos mas.

ENRIQUETA. Pero si es imposible.

MARIA. ¿Por qué?

ENRIQUETA. Porque en fin, tarde ó temprano has de saberlo... porque el señor Bidaut me ha tomado hace tiempo por confidenta de sus amores: porque yo le habia revelado vuestra miseria y vuestras necesidades.

MARIA. ¿Y bien?

ENRIQUETA. Esos socorros que te he proporcionado de cuando en cuando en mi nombre, á él solo se los debes.

MARIA. ¡Infeliz de mí!

DUVAL. (*Aparte.*) ¡A él! (*Alto y acercándose.*) ¡Infame!

MARIA. ¡Duval!

DUVAL. (*A Enriqueta.*) Tened la bondad de retiraros.

MARIA. (*Bajo.*) ¡Duval!...

DUVAL. No creo que temais aparecer ingrata con ella cuando sabeis que pertenece á otro vuestro agradecimiento.

MARIA. ¡Dios mio!

ENRIQUETA. (*Marchándose.*) ¡Pobre Maria! Hice mal en decírselo.

ESCENA IV.

DUVAL *y* MARIA.

MARIA. ¡Duval! ¿lo habeis oido todo?

DUVAL. Sí, todo; y teneis razon en pensar que ese hombre está abriendo un abismo á donde os arrastrará la miseria de vuestra familia.

MARIA. No: aun no se ha perdido todo. Siempre seré digna de vos, porque no me abandonareis y sostendreis mi valor. A cada nueva desgracia que nos acometa buscaré en vuestros brazos un asilo contra sus lágrimas y contra mí misma. Aun quedan ademas algunas probabilidades de salvacion: la suerte puede favorecer á Domingo, y á mi tio

le darán tiempo para pagar esos mil doscientos francos.

DUVAL. ¿Y á vos quién os salvará, Maria?

MARIA. Yo misma.

DUVAL. ¿Y no reflexionais en lo que ha hecho por vos la hipócrita generosidad de ese hombre?

MARIA. ¿Qué decis? ¿se atreveria á echarme en cara?...

DUVAL. Puede hacerlo, Maria: ha comprado ese derecho y si quereis alejarle de vos, os detendrá por fuerza. Es preciso volverle ese dinero... aunque sea á costa de mi vida...

MARIA. ¡Oh! sí, salvadme, salvadme.

ESCENA V.

DICHOS *y* MARIGNON.

MARIGNON. Ya se va aliviando: está mas sosegada; pero atenta al menor ruido.

DUVAL. ¿Estará esperando á Domingo?

MARIGNON. Si ha caido soldado, estoy seguro de que va á causar su muerte.

DUVAL. ¿Pero qué hemos de hacer?

MARIGNON. Será preciso callarla esa nueva desgracia hasta que haya recobrado enteramente la salud. Ve á buscar á Domingo y dile lo que está pasando. Si le ha tocado la suerte sépalo yo solamente... corre.

DUVAL. Sí, allá voy.

ESCENA VI.

DICHOS *y* LUISA.

LUISA. (*Entrando precipitadamente.*) Aqui viene... he visto á mi hijo... escuchad... sube la escalera.

MARIGNON. ¿Tan pronto?

DUVAL. Ya no hay tiempo.

MARIGNON. (*A Luisa.*) Ten confianza.

LUISA. ¡Oh! me sobran fuerzas... sabré escuchar con valor mi sentencia de muerte.

ESCENA VII.

DICHOS. DOMINGO *y* MOULINET.

(*Estos dos entran con el sombrero en la mano y lo dejan sobre una mesa. Marignon advierte los números que traen.*

DOMINGO. ¿Cómo estais, madre mia?

LUISA. ¡Oh! mucho mejor desde que te veo... pero habla... ¿y la suerte?... ¿qué número has sacado?... ¿no respondes? ese silencio me mata.

MARIGNON. (*Aparte.*) ¡Todo se ha perdido!

DOMINGO. ¿Por qué os asustais, madre mia? qué importan los números que nos han tocado, cuando...

MOULINET. Si de todos modos estamos libres: no por enfermedad ni falta corporal, sino por el *cunquibus*.

LUISA. ¡Ah! si... aun no sabes nada... en fin cuál es tu número... responde.

MOULINET. Entre los dos hemos sacado casi los dos estremos, el 5 y el 423... uno bueno y otro malo.

MARIGNON. (*Aparte.*) ¡Ah! ¡qué idea! (*Se dirige con disimulo á donde están los sombreros y cambia los números.*)

LUISA. ¿Pero quién ha sacado el mas alto?

MOULINET. ¿Quién? ¡toma!

MARIGNON. Veamos por los sombreros... aqui están... (*Presentándoles los sombreros.*)

MOULINET. Miradlo. (*Los dos se ponen el sombrero.*) ¿Qué tal papá Marignon?... tengo una mano del diablo.

LUISA. Sí, mi hijo ha sido mas feliz... ¡se ha salvado!... ¡gracias, Dios mio! ¿qué importan las otras desgracias?... ¡ah! ya nada sufro... estoy tranquila... he recobrado la salud... mi hijo está libre.

MOULINET. Vuestro hijo no ha sacado mal número para... (*Mirando el sombrero de Domingo.*) ¡Calla!... (*Quitándose el suyo y mirándolo.*) ¿Qué diablos es esto?

MARIGNON. (*Bajo.*) ¡Silencio, infeliz!

MOULINET. ¿Cómo? pero es que...

MARIGNON. No quieras causar su muerte.

MOULINET. No quiero tal; pero...

DOMINGO. Esplicadme, madre mia, lo que os ha alarmado.

LUISA. Dermons el banquero ha huido con nuestro dinero.

MOULINET. ¡Dermons! ¡pues si era el que tenia el mio!

MARIGNON. (*Bajo.*) Pues entonces ya comprendes...

MOULINET. Ya entiendo.

MARIGNON. Es preciso mantenerla en su engaño cueste lo que cueste.

LUISA. Ya que ha pasado el peligro, olvidémosle amigos mios; porque solo en pensar en él me estremezco. (*A Domingo.*) ¡Hijo querido! Bien decia tu padre: para nosotros las lágrimas y para tí la dicha. Dios nos ha escuchado.

MARIA. (*Aparte.*) ¡Pobre muger!

MOULINET. (*Acercándose.*) ¿Y yo, señora Luisa? ¿á mí que voy á partir no me decis nada?... Pues tambien tengo una madre achacosa á quien socorro con mi trabajo.

LUISA. La compadezco con toda mi alma, y quisiera poder aliviar su suerte si estuviera en mi mano.

MARIGNON. (*Aparte.*) Va á descubrirlo todo. (*Bajo á Moulinet.*) Calla.

MOULINET. (*Hablando mas alto.*) Pues bien: si la suerte hubiera querido, lo que no ha querido; es decir, que Domingo cayera soldado y yo hubiera salido libre, solo al ver lo que le amais, y al ver la desesperacion de todos vosotros, le hubiera dicho al futuro soldado: Veamos, amigo mio, si tiene este asunto compostura: porque segun parece no tienen mucha gana de soltarte tus padres... yo soy tu amigo y los amigos son para las ocasiones: con que en fin, búscame unos quinientos francos para socorrer á mi pobrecita vieja y parto en tu lugar.

DUVAL. ¿En su lugar?

DOMINGO. ¿Hubieras hecho eso?

MOULINET. Ya ves que no me taso muy alto, porque sin que esto sea alabarme, me parece que aunque no sea mas que físicamente valgo cuatro veces mas.

MARIA. ¡Pobre jóven! ¿cómo habiamos de aceptar su generosa oferta? ¿dónde encontraremos esa cantidad cuando estamos arruinados?

MOULINET. Pues... yo hacia una suposicion... (*Bajo á Domingo.*) Reflexiónalo bien... 500 francos y estas libre... pero los necesito esta tarde.

DOMINGO. (*Bajo.*) Es imposible.

MOULINET. ¿Y el fondo comun de los cobradores del banco?

MARIGNON. Ya nos ha socorrido muchas veces.

MOULINET. (*Siempre bajo.*) ¿Y vuestros amigos?

DOMINGO. (*Idem.*) No tenemos ya ninguno.

MOULINET. ¿Y vuestra fianza?

MARIGNON. Pertenece á otro; y aunque asi no fuera en en cuanto yo dispusiera de ella me quedaria sin destino.

DUVAL. (*Aparte.*) No hay medio para salvarle.

MOULINET. (*Alto.*) Pues señor... me parece que ya es hora de que vaya á anunciar á mi madre el resultado. (*Suena una campanilla.*)

MARIGNON. ¿Quién puede venir en este momento? (*Va á abrir y se encuentra á Berdier á quien siguen dos hombres.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. BERDIER *y dos hombres.*

TODOS. ¡Berdier!

DUVAL. ¡Quizá otra nueva desgracia!

MOULINET. (*Bajo.*) ¡Otra! esto puede ser contagioso; yo me escurro. (*Vase.*)

BERDIER. Me habeis dicho, señor Marignon, que os hallábais con fondos suficientes para pagar la cantidad de 1200 francos de que sois deudor, y vengo...

LUISA. ¡Dios mio!

MARIGNON. ¡Ah! bien sabias esta mañana el golpe que me amenazaba... y debí adivinarlo en la sonrisa de hiena que aparecia en tus labios.

BERDIER. Esta mañana sabia que un deudor levanta mucho la voz el dia que va á pagar, y la baja otro tanto el dia del embargo... para hacer esta operacion, en el caso de que no querais pagarme, he hecho que me acompañen estos dos señores.

DUVAL. ¡Un embargo!

DOMINGO. (*Colocándose delante de la puerta del cuarto.*) ¡Aqui, delante de mi madre! no, no lo hareis.

BERDIER. ¿Osareis resistir á la ley? Es necesario que veamos, examinemos y tasemos todo.

LUISA. ¿Qué vas á hacer, hijo mio?... no hay remedio.

DOMINGO. (*A Marignon.*) ¿Y sufrireis, señor, que estos miserables se atrevan á poner las manos en lo que pertenece á vuestra esposa? (*A Berdier.*) Vuelvo á repetir que no entrareis, y si dais un paso mas...

MARIGNON. Detente... son inútiles todas tus amenazas; porque á este hombre le falta valor para responderte.

BERDIER. ¡Señor mio!... (*Los dos hombres se acercan á él mientras forman grupo aparte Marignon, Duval y Domingo.*)

LUISA. (*Poniéndose entre los dos grupos.*) Haced lo que os parezca... entrad si quereis... déjalos, hijo mio, llévense todo lo que nos pertenece... ¿qué importa, si tú te quedas con nosotros?

BERDIER. Si teneis medios para pagar la suerte de vuestro hijo, señor Marignon, mas valiera que solventárais esta otra deuda. Siendo soldado no se pierde el honor, y no pagando lo que se debe se cubre uno de oprobio.

MARIGNON. ¿Qué os importa?

LUISA. La huida de Dermons, nos ha arrebatado lo poco que teniamos, señores; y solo el acaso ha podido salvar á á mi hijo.

BERDIER. Pues yo he asistido al sorteo, y el número que ha sacado...

DUVAL. (*Bajo.*) Silencio.

LUISA. Acabad... ¿cuál ha sido? (*Aparte.*) ¡Si me habrá engañado!

BERDIER. ¡Toma!... el cinco.

LUISA. ¿Qué decis?

MARIGNON. ¡Silencio, infame! aqui solo has venido á robarnos y no á causar nuestra muerte.

LUISA. Con que me habiais engañado... te he perdido, hijo mio... ¡ah! yo voy á morir. (*Cae en un sillon.*)

DOMINGO. Tened ánimo, madre mia; no desespereis...

LUISA. Son inútiles todos vuestros consuelos... no llegan á mi corazon: pero no temais que me desespere, no; viviré hasta que vengan á arrancar de mis brazos á mi hijo... tengo fuerzas suficientes para soportar este trabajo.,. y quizás mas que todos vosotros... Marignon, el deber te llama; es la hora de la cobranza... vosotros, cumplid vuestra mision.

MARIA. (*A Duval.*) No cesa de aumentarse nuestro infortunio.

DUVAL. ¡Y ni una sola esperanza!

MARIGNON. Sí, tengo que dejarte Luisa.... á vosotros encomiendo su cuidado... no la abandoneis... en cuanto concluya mi obligacion estoy de vuelta... buen ánimo, amigos mios, y confianza en Dios. (*Vase.*)

ESCENA IX.

LUISA, MARIA, DUVAL, DOMINGO, BERDIER *y los dos hombres.*

BERDIER. Señores, procedamos al embargo. (*Leyendo un papel.*) «En nombre de la ley manda el tribunal de comercio á instancias del señor Julio Bidaut... (*Examina los muebles y escribe.*)

MARIA. ¡Julio Bidaut! (*Movimiento de Duval que la mira con ansiedad.*) ¿Habeis dicho Julio Bidaut? Ese sugeto ignora vuestro procedimiento... no sabe que venís á embargar los efectos de mi familia.

DOMINGO. ¿Conoceis á ese hombre?

MARIA. Sí; y sé muy bien que es para él una cantidad muy mezquina la que se le debe.... sé que puede pagar vuestro reemplazo y salvar á vuestra madre.

LUISA. ¿Pagar su reemplazo?... ¡Ah! no, quereis engañarme... quereis prolongar mi vída dándome alguna esperanza... tú no puedes hacer nada, ¿no es verdad?

MARIA. Yo puedo salvaros á todos. (*Se acerca á la mesa y coge una pluma.*)

DUVAL. ¿Y quién llevará esa carta, Maria?... ¿será vuestro tio ó vuestro prometido?

MARIA. ¡Duval! (*Suelta la pluma.*) Yo no puedo dejarla morir, yo no puedo ver deshonrado á su marido... os juro que en este momento me horroriza cualquier pensamiento de riqueza: pero quisiera sacarlos de este miserable estado aunque fuera á costa de mi porvenir... Daré toda mi vida al que pueda salvarlos.

DUVAL. Pues acordaos de esas palabras, Maria; yo no las olvidaré... y ahora acabad esa carta.

MARIA. ¿Vos quereis?...

DUVAL. Sí; poned el sobre; al Sr. Julio Bidaut... bien; yo se la llevaré.

MARIA. ¡Vos!

DUVAL. ¡Oh! no temais de mi parte ni acaloramiento ni cólera. Antes de entregarla á ese sugeto imploraré el socorro de todos mis amigos, y agotaré todos los recursos que me quedan: y si nada consigo, si esta carta es nuestra única salvacion, vuestro único recurso, me someteré, Maria: iré á buscarle un hombre, y le entregaré este papel: pero como le conozco muy bien, como estoy seguro de que es sin corazon y sin piedad, en cuanto ponga el pié en esta casa dejaré yo de existir.

MARIA. Dadme esa carta, Duval, dadme esa carta.

DUVAL. El ó yo os la volveremos... Rogad á Dios que sea yo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS *menos* DUVAL.

BERDIER. (*Aparte.*) Pues señor; si no me engaño, me parece que esto marcha á medida del deseo del Sr. Bidaut. (*Alto.*) Ahora supongo que podremos entrar en ese cuarto.

LUISA. Entrad donde querais. (*Berdier y los dos hombres entran en el cuarto de Luisa.*) ¿Qué sucede, Maria? ¿Por qué se ha marchado Duval tan pálido y agitado?

MARIA. Porque vá á probar los últimos recursos de salvacion que nos quedan.

DOMINGO. ¿Y á qué precio, Maria?

MARIA. (*Aparte.*) A costa de su vida ó de la mia.

LUISA. ¿No respondes?

MARIA. Señora... habeis sido para mí una madre prodigándome toda vuestra ternura... os pido por Dios que no dejeis de amarme suceda lo que suceda.

DOMINGO. ¿Qué decis?

LUISA. ¿Dejar de amarte? ¡ah! esplícate... aclara ese misterio... (*Se abre la puerta y entra Marignon.*)

MARIA. ¡Mi tio! ¡ah! que no sospeche...

ESCENA XI.

DICHOS, *y* MARIGNON *con un talego de dinero.*

MARIGNON. Al pasar por aquí he querido subir para saber como sigues, Luisa mia, y para poner un poco en órden mis cuentas... porque tengo la cabeza no sé cómo y temo que algun error.. (*Acercándose á Maria y á Domingo.*) He vuelto á encontrar al pobre Moulinet y me ha dicho que esperará hasta mañana los 500 francos, pasado ese término tendrá que aceptar 1500 que otro le ofrece.

MARIA. ¡Aun hay un dia por medio! yo tengo esperanzas.

MARIGNON. ¿Pero dónde hemos de encontrar ese dinero?... yo nada tengo... (*Sacude el talego y le deja sobre la mesa.*)

DOMINGO. ¡Y no tener el recurso de venderme! mi partida causaría la muerte á mi madre.

BERDIER. (*Dentro.*) Item mas: una cómoda de caoba en buen estado.

MARIGNON. ¡Todavia están esos hombres! ¿Y Duval sigue en la cobranza?... ¡vamos allá! (*Saca una cartera con billetes de banco y los cuenta.*) Siete, ocho, nueve, nueve mil.... y quince... veinticuatro... veinticuatro mil francos.

BERDIER. (*Dentro.*) Una cama de nogal.

LUISA. ¡La cama de mi pobre hijo!

MARIGNON. Veinticuatro y doce, treinta y seis: 36000 francos.

BERDIER. Un armario.

MARIGNON. (*Levantándose.*) Ese miserable me vuelve loco.

LUISA. ¡Marignon! (*Este vuelve á sentarse, enjuga una lágrima, y sigue contando en voz baja.*)

BERDIER. (*Saliendo.*) Ya hemos concluido.

MARIGNON. ¿Qué es esto?... ¿un error en mis cuentas?

BERDIER. (*Acercándose.*) ¡Cuánto dinero!

MARIGNON. (*Rechazándole violentamente.*) Atras, este dinero es del banco. (*Sentándose otra vez á la mesa.*) Es preciso que yo encuentre ese error...

BERDIER. (*A los hombres.*) Me parece que se nos ha olvidado esa mesa.

ESCENA XII.

DICHOS *y* DUVAL.

DUVAL. (*Acercándose á Berdier.*) ¿A cuanto asciende la cantidad que se debe?

BERDIER. A mil y quinientos francos con las costas.

DUVAL. (*Cogiéndole la cuenta y entregándole dos billetes de banco.*) Tomad y marchaos inmediatamente.

TODOS. (*Menos Marignon.*) ¡Cielos!

BERDIER. ¿Pero cómo es que?...

DUVAL. Salid os digo. (*Vase Berdier y los dos hombres.*) No digais nada á Marignon en este momento: puede ser que rehusara de mí un servicio como este.

LUISA. Pues bien: luego se lo diremos.

MARIA. ¿Vuestros amigos han escuchado vuestras súplicas?

DUVAL. Sí... vos, Domingo, tomad los quinientos francos y corred á entregarlos á ese jóven que os espera.

LUISA. ¡Mi hijo libre!

DOMINGO. ¿Qué podré hacer para pagaros?

DUVAL. No os detengais, marchad.

ESCENA XIII.

DUVAL, MARIA, LUISA, MARIGNON.

MARIGNON. (*Aparte.*) Ya está deshecho el error... todo está corriente. (*Alto.*) ¡Ah! ¿estás de vuelta Duval? ya es hora me parece de volver al banco.

DUVAL. Vamos allá.

MARIA. (*Bajo.*) ¿Y mi carta?

DUVAL. Yo mismo la he dejado en casa del señor Bidaut.

MARIA. ¿Pero ya que ha pasado el peligro por qué quereis que venga ese hombre?

DUVAL. Ya lo sabreis, dentro de una hora en vuestro cuarto.

MARIA. Pero...

DUVAL. Es preciso; va en ello la vida.

MARIGNON. Vamos Duval... al banco.

DUVAL. Vamos pues. (*Vanse los dos y cae el telon.*)

Acto tercero.

Un cuarto abohardillado que representa la habitacion de María en casa de Marignon. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

MARIA.

¡Qué triste es la noche! ¡Dios mio! ¿qué va á suceder? Duval debia estar de vuelta... «Dentro de una hora me dijo... va en ello la vida»... estas terribles palabras resuenan sin cesar en mis oidos, y todo me inquieta y me asusta... pero él vendrá, estoy segura de ello... le detendrá algun asunto importante... ¡Pobre jóven! ¡qué desinteres el suyo! ¡para salvar á mi famila ha sacrificado su fianza, y sin ella no puede conservar su plaza en el banco... noble Duval.

ESCENA II.

MARIA *y* ENRIQUETA.

MARIA. ¡Ah! ¿eres tú, Enriqueta?

ENRIQUETA. Yo soy, querida amiga: te he visto hoy tan triste y tan desgraciada, que en cuanto he tenido un mo-

mento de lugar me he escapado para hacerte compañia y consolarte.

MARIA. (*Friamente.*) Es demasiada bondad la tuya, pero como solo necesitan consuelo los que tienen alguna pena... yo que no me cuento en ese número...

ENRIQUETA. Es decir que no me crees ya digna de ser la confidenta de tus penas desde que supiste aquello del señor Bidaut? Pues haces mal en aborrecerme, porque todo lo que hice por tí fué por pura amistad... ¿podia yo pensar que habias de tomarlo tan á pechos? Yo veia que te parecia humillante eso de ir de aquí por allá llevando vestidos y pidiendo obra... creí que el Sr. Bidaut llevaba miras honradas y laudables... ¿qué quieres? he cedido y si hice mal no dejes de perdonarme.

MARIA. (*Dándola la mano.*) Esos buenos sentimientos me reconcilian contigo: si tú has obrado con ligereza yo he sido tambien una imprudente.

ENRIQUETA. Dime ahora como está esa pobre familia que...

MARIA. Esa pobre familia está en ese momento loca de alegria: un angel de consuelo ha venido á socorrerla cuando menos lo esperaba.

ENRIQUETA. Y ese angel se llama...

MARIA. José Duval.

ENRIQUETA. ¡Duval! ¡pues si yo creia que era tan pobre como ellos, y que debia á Marignon todo cuanto tenia!

MARIA. De todos modos tenia la fianza de su destino...

ENRIQUETA. ¿La fianza? pues si mal no me engaño he oido decir que no era suyo ese dinero, que lo habia depositado en su nombre á instancias de Marignon, el señor...

MARIA. ¿Estás segura de ello?

ENRIQUETA. No me atreveré á jurarlo; pero...

MARIA. ¡Oh! ¡no puede ser! ¡De dónde ha de haber sacado el dinero suficiente para salvar á esos infelices? á no ser que sus amigos, y los conocimientos que le ha hecho contraer su conocida honradez...

ENRIQUETA. ¿Por qué tiemblas, Maria? Cualquiera diria que temes...

MARIA. ¡Nada temo... Duval tiene un alma tan pura tan generosa!... ¡Dios mio! y no viene... él solo puede esplicarme... (*Corriendo hácia la puerta.*) ¡Ah! si fuera...

ESCENA III.

DICHAS, DOMINGO, *y* MOULINET.

MARIA. (*Tristemente.*) ¡No es él!

MOULINET. Buenas noches, señorita Maria y la compañia... Venimos á ver si mandais algo, porque me voy.

MARIA. ¿Tan pronto?... ¿y no habeis visto á Duval?

MOULINET. No por cierto... parece que ha desaparecido: se ha evaporado.

DOMINGO. Tal vez se oculta para no recibir nuestro agradecimiento.

MARIA. ¿Y vuestra madre, Domingo?

DOMINGO. Se halla mas tranquila... no hay médico como la felicidad. Ahora que gracias á Duval no tiene nada que temer, y no me separo de su lado...

MARIA. ¿Os quedais aquí?

MOULINET. Pues claro está... yo soy el que parto y me visto por él el uniforme del gobierno y el pantalon de la nacion francesa.

ENRIQUETA. ¿Y os vais tan pronto?

MOULINET. Sí señora... y por la módica suma de 500 francos.

DOMINGO. ¿Estás arrepentido?

MOULINET. No digas desatinos... aunque fuera de balde te hubiera sustituido con tal de consolar á tu pobre viejo... ba!

MARIA. Sois un buen amigo.

MOULINET. (*A Domingo bajo.*) ¿Vamos la dices eso?

DOMINGO. Maria, he venido á cumplir un deber sagrado. (*Con timidez.*) Sin duda os acordais de que os amo...

MARIA. (*Con severidad.* Lo he olvidado: bien sabeis que amo á Duval... á vuestro bienhechor.

DOMINGO. Lo sé, Maria: no vengo á hablaros de su sentimiento que quiero ahogar en mi corazon. ¿Amais á Duval? ¡oh! amadle con alma y vida, porque es digno de todo vuestro cariño y de todo vuestro respeto. El dia de hoy ha cambiado muchas cosas: antes, os lo confieso, tenia yo un odio mortal á vuestro amante, porque yo tambien os amaba; pero despues que le he visto sacrificarse por nosotros con tanta generosidad y con tanta nobleza, el odio que

le tenia ha desaparecido y vengo á deciros, ¡Maria! si alguna vez os acordais de que os he dirijido en secreto palabras de amor, olvidadlas para siempre y perdonadme.

ENRIQUETA. ¡Pobre muchacho!

MOULINET. Me desuella el corazon.

MARIA. No esperaba menos de vuestra honradez: ya sabeis que nunca he alentado vuestra pasion, eso es todo lo que puedo y debo deciros para probaros cuanto estimo vuestra generosidad...

DOMINGO. ¡Maria! conozco vuestro corazon y no necesito que encarezcais vuestro agradecimiento.

MOULINET. Pues, señores, yo me voy... ese Duval no viene y tendré que marcharme sin darle un apreton de mano.

MARIA. Me prometió que vendria, y no puedo atinar con el motivo que le ha retardado.

ENRIQUETA. ¡Oh! él vendrá; no hay cuidado.

DOMINGO. (*Aparte.*) Bien sabe que siempre le esperan.

MARIA. ¡Ah! aquí está.

ESCENA IV.

DICHOS *y* DUVAL *que viene embozado y con gesto sombrio.*

DUVAL. (*Aparte.*) ¡No está sola!

MARIA. Bien venido, Duval: ya empezaba á inquietarme vuestra tardanza.

DUVAL. (*Con gravedad.*) ¿A inquietaros, Maria? ¿no están satisfechos todos vuestros deseos?

DOMINGO. (*Ofreciendo la mano á Duval.*) Sí, gracias á vuestra generosidad todos somos hoy dichosos, y os estaré eternamente agradecido por lo que habeis hecho por mí.

DUVAL. (*Con sequedad.*) Nada teneis que agradecerme, Domingo, vuestra familia me ha colmado de beneficios: un dia ú otro debia pagarla esta deuda, y hoy lo hago: nada mas natural.

DOMINGO. No, vuestro deber no podia exigiros tan gran fidelidad, tan generoso sacrificio... Pero ya que vuestra mo-

destia impide á nuestra gratitud manifestarse toda entera, solo os diré que desde hoy teneis en mí un amigo seguro, fiel y constante: si alguna vez necesitais de mí, llamadme y acudiré á vuestra voz. (*Le estrecha la mano.*)

DUVAL. Querido Domingo. (*Aparte.*) ¡Oh! ¡no creia que mi suplicio debia empezar tan pronto!

MOULINET. Y yo solo os diré señor Duval que si alguna vez necesitais de alguno... sea para lo que quiera... por ejemplo, para romperse la crisma con el primero que os mire con mala cara ahi teneis mis señas: Moulinet, llamado generalmente el buen mozo, en la tercera compañia del primer batallon, del tercer regimiento. Ya sea soldado raso, ó tambor mayor, cabo ó mariscal de Francia no teneis mas que hablar... y presente! (*Le estrecha la mano.*)

MARIA. (*Aparte.*) ¡No se irán nunca!

DUVAL. Gracias, amigos mios, gracias por el afecto que me manifestais... pero perdonadme... tengo que hablar á Maria de un asunto de la mayor importancia y...

DOMINGO. En ese caso nosotros somos los que debemos pediros perdon... os dejamos solos.

MOULINET. (*A Enriqueta.*) No hay que quererle mal porque nos despida de esta manera. (*Señalando á Maria.*) Ya veis el asunto es importante!... ¿me comprendeis?

DOMINGO. Vamos señores... Adios, Duval, Maria, adios... hasta mañana.

MARIA. Buenas noches... hasta la vista, Enriqueta.

ENRIQUETA. (*A Maria que la acompaña hasta la puerta.*) Qué inquieto está tu novio... estoy segura de que le pasa algo... ¿me lo dirás mañana?

MARIA. Sí, sí. (*Cierra la puerta y se dirige rápidamente á Duval que se ha puesto á escribir una carta.*)

ESCENA V.

DUVAL. MARIA.

MARIA. Por fin ya estamos solos... ¡oh! la impaciencia me consumia... ¿pero qué tienes? Tus facciones están alteradas, tu aspecto misterioso me espanta... y esa carta... ¿para quién es esa carta?

DUVAL. Ya la leereis, Maria.

MARIA. ¡Dios mio! ¡qué tono tan frio y solemne! nunca le he visto asi... ¿habrá sucedido alguna nueva desgracia? ¿á pesar de todos vuestros sacrificios no habeis conseguido salvar á esa infeliz familia?... ¡oh! por compasion, por piedad, decidme lo que sucede; decídmelo sin temor... No sé por qué... ¡pero estoy temblando!... ¡tengo miedo!

DUVAL. (*Que sigue escribiendo.*) De esta carta depende el honor de un hombre de bien, y la existencia de toda una familia.

MARIA. ¡No os comprendo! (*Se oye dentro la voz de Bidaut.*) Es la voz de Bidaut. (*Corriendo á la puerta.*) Cerraré la puerta... no quiero recibirle.

DUVAL. (*Levantándose.*) Deteneos, Maria... ¿olvidais que vos misma le habeis escrito que viniera?... No se puede despedir de esa manera á un acreedor insolente, sino despues de haberle pagado, y vos no lo habeis hecho todavia... dejadle entrar y arreglaremos cuentas.

MARIA. ¡Me prometes al menos!...

DUVAL. ¡Silencio!

ESCENA VI.

DICHOS. BIDAUT *que entra sin ver á Duval.*

BIDAUT. Os repito que sí está en casa, y que me espera. (*Volviéndose y viendo á Maria.*) ¡Ah! ¡por fin os hallo, querida!... al volver de paseo me entregaron vuestro delicioso billete, y sin detenerme un instante he corrido con toda la la rapidez de Céfiro... (Céfiro es el nombre de mi caballo.) Venia pues palpitante de amor y de alegria, cuando el portero se empeña en detenerme en la escalera y en persuadirme que no estabais en casa. (*Quiere cojerla una mano que Maria retira.*)

MARIA. (*Con frialdad.*) Ha hecho muy mal...

BIDAUT. (*Aparte.*) No hay duda... ¡he vencido! (*Alto.*) Hermosa mia, aunque yo tenia la confianza de que tarde ó temprano, mi amor y mi constancia lograrian enterneceros, sin embargo no sabré pintaros mi alegria cuando hace un

momento recibí la venturosa esquela en la que vos misma me rogabais que viniese...

DUVAL. Para entregaros la suma que os debia... sois el acreedor mas puntual que he conocido.

BIDAUT. (*Aparte.*) ¡Otra vez el número 1! Este hombre sale de debajo de tierra.

DUVAL. Confesad que no esperábais encontrarme aqui. Pensabais haber combinado perfectamente vuestro plan, y esperabais que la miseria arrojaria por fin en vuestros brazos á esta infeliz joven... rodeada por todas partes de vuestras asechanzas. ¡Ah! vuestra conducta es vil y cobarde... sí, vil y cobarde, os lo repito... No os basta con las ventajas que os da sobre otros el trato del mundo, la educacion y la mentida amabilidad de vuestras palabras, sino que os valeis ademas de vuestra insolente riqueza, de vuestro oro para deslumbrar á nuestras mugeres, y para deshonrarlas... Pero al menos esta vez vuestros planes han venido á tierra. Se os debe dinero... (*Arrojando un bolsillo sobre la mesa.*) Tomad... y ahora que estais pagado, salid de aqui.

BIDAUT. No reconozco en vos el derecho de arrojarme de esta casa, y no saldré de ella... (*Volviéndose á Maria.*) sin saber...

DUVAL. ¿Si la suma que se os debe está completa?... Contadla, contadla pues... pero que sea pronto. (*Maria se acerca á Duval.*)

BIDAUT. (*Aparte.*) ¿Donde diantres habrá encontrado este dinero ese descamisado?... ¡paciencia!... segun parece manda aqui en gefe... la muchacha no le contradice en nada, y creo que lo mejor será marcharme cuanto antes. (*Se acerca á la mesa.*) Del mal el menos; me llevaré el dinero... no me siento con ánimos de dotar á su muger... ¿Pero de dónde diantres puede haber sacado una suma tan respetable?... (*Mirando la carta que está sobre la mesa.*) ¿Qué veo?... al señor Director del Banco... ¿Qué significa esta carta? (*Está enteramente vuelto de espaldas á Duval y Maria y hace que cuenta el dinero.*)

DUVAL. ¿Habeis despachado?

BIDAUT. (*Aparte con satisfaccion.*) ¡Qué es lo que leo!... (*Alto.*) Estoy contando, señor Duval; pues que no soy aqui mas que un acreedor, justo es que me asegure si está completa la suma que se me devuelve. Vos debeis saber

esto, vos que sois un fiel cobrador del banco. (*Sigue leyendo.*)

DUVAL. (*A Maria.*) El alma de un usurero, unida á la insolencia de un fátuo.

BIDAUT. (*Aparte.*) Magnífico, la venganza está en mi mano. (*Se guarda la carta sin que nadie lo note.*)

DUVAL. ¿Falta algo?

BIDAUT. Nada... y me retiro. (*Dirigiéndose lentamente hácia la puerta.*) Pero yo tambien acabo de contraer aqui dos deudas que procuraré pagar cuanto antes. (*Mirando á Maria.*) La una con una muger ciega é insensata, que ha contribuido á la humillacion que se me ha hecho sufrir: la otra, (*Mirando á Duval.*) con un héroe de probidad y honradez, al que volveré á ver muy en breve. (*Entreabre la puerta.*)

DUVAL. ¡Cómo! ¿sereis tan amable que os digneis batiros conmigo? ¡Oh! sí, sí, ¡cuanto antes!

MARIA. ¡Por Dios, Duval!

BIDAUT. Tranquilizaos, perla, no es de esa manera como nos volveremos á ver frente á frente.

DUVAL. Pues cómo.

BIDAUT. ¡Ante los tribunales!... ¡miserable! (*Desaparece cerrando la puerta por fuera.*)

ESCENA VII.

MARIA *y* DUVAL.

DUVAL. ¡Dios mio!... se sabrá ya...

MARIA. Duval, ¿qué es lo que ha pasado?... ¿qué significan las terribles palabras de ese hombre?

DUVAL. (*Corriendo á la mesa.*) ¡Ah!... la carta... no está... se la ha llevado, todo se ha descubierto!

MARIA. ¿Qué teneis? hablad, hablad, pronto.

DUVAL. No hay que perder un momento... es preciso alcanzar á ese hombre... es preciso huir. (*Sacudiendo la puerta.*) ¡Cerrado, cerrado! ¡ah estoy perdido!

MARIA. ¡Perdido dices!... ¿por qué?

DUVAL. Porque dentro de un instante sabrán donde me oculto... vendrán á prenderme...

MARIA. ¡Oh! ¡quereis volverme loca! responded por Dios... responded... ¿qué es lo que habeis hecho?

DUVAL. No me rechaceis con horror, Maria... por vos, por vos sola he sido culpable... esa suma de que he dispuesto...

MARIA. (*Con ansiedad.*) Acabad...

DUVAL. (*Haciendo un esfuerzo.*) Pertenecia al banco.

MARIA. ¡Desdichado!...

DUVAL. Era preciso salvaros á todos; en vano he recurrido á todos los medios, á todos mis amigos... ¡oh! yo creia tenerlos, pero me engañaba.

MARIA. ¡Gran Dios!

DUVAL. Un solo recurso nos quedaba... esa carta, esa carta maldita para el hombre que acaba de salir de aquí. Llevársela y morir en seguida, era mi única idea, mi único pensamiento... El corazon ardiendo de zelos, de desesperacion y de rabia salí de su casa... y entonces... solamente entonces noté que me abrumaba el peso del oro que debia volver al banco... Me detuve, contemplé aquel tesoro deslumbrador que se hallaba en mi poder, y despues!... despues no sé lo que me pasó... Mi cabeza se desvanecia, corria como un loco de una parte á otra, sin objeto, sin intencion, sin pensamiento fijo... sin escuchar no sé qué voz de mi conciencia que me acusaba... En este estado llegué á tiempo para salvar á mis padres adoptivos, y para arrancaros de los brazos de ese infame!... (*Quiere acercarse á ella.*)

MARIA. ¡Pero eso es un robo, un robo infame! y pronto será descubierto...

DUVAL. Sí, porque esa carta contenia la confesion de mi crímen. La habia escrito para poner al anciano Marignon al abrigo de toda sospecha, para que nadie fuese acusado mas que yo... Esa carta Bidaut la ha leido, se la ha llevado y podeis juzgar por sus últimas palabras del uso que hará de ella.

MARIA. Y bien... ¿qué haceis aquí?... partid, partid al momento.

DUVAL. Contigo.

MARIA. Jamás.

DUVAL. ¿No habiais prometido pertenecer al que salvara á vuestra familia?

MARIA. ¡Ah! Yo no sabia lo que prometia en aquel terrible momento.

DUVAL. (*Acercándose.*) Escuchad, Maria. Vos deseábais riquezas, lujo... yo puedo daros ahora todo esto... (*Sacando del bolsillo una cartera y una bolsa.*) Mirad, oro, billetes de banco: todo, todo es vuestro.

MARIA. ¡Dejadme!... Antes morir que seguiros, que participar de vuestro crímen.

DUVAL. ¡Pues bien! vengan en buen hora la vergüenza, la infamia, el presidio... los espero. (*Se sienta.*)

MARIA. Reflexionad por Dios, Duval. ¿Puedo por ventura huir con vos, cuando teneis en vuestro poder una cantidad robada?

DUVAL. Pues bien, juro selemnemente, que restituiré al banco esta suma.

MARIA. Y yo, Duval, yo seré vuestra entonces ó no seré jamas de otro alguno. Dios ha oido nuestros juramentos, él perdone vuestras faltas... y ahora, huid.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* MARIGNON.

Marignon se detiene en el umbral de la puerta y los contempla un momento.

MARIA Y DUVAL. ¡Marignon!

MARIGNON. Eso es... no hay que alterarse. ¡Solos á estas horas!

MARIA. ¡Tio!...

DUVAL. (*Aparte.*) No sabe nada...

MARIGNON. Vamos, vamos, no estoy para regañaros esta noche, soy demasiado dichoso. (*A Duval.*) ¡Ah! por fin te encuentro, perillan; hace una hora que te ando buscando por todas partes sin poder dar contigo. Nos has salvado de la miseria y de la deshonra; y para que no te demos las gracias te refugias en el cuarto de tu prometida, confiando en que nadie se atreverá á venirte á buscar aqui? Muy mal hecho, José; muy mal hecho. ¿Por qué no has de querer que tu viejo amigo te manifieste lo feliz que le has hecho?

DUVAL. ¡Dios mio, Dios mio!

MARIGNON. Yo habia dejado á mi pobre familia en medio de la miseria y de la desolacion, y al volver á mi casa los encuentro á todos tranquilos, dichosos; Domingo libre de la suerte de soldado, y á mi pobre muger tan contenta que la alegria casi le ha vuelto la salud; tú eres el que has hecho todo esto y no quieres que te diga que eres un joven bueno y generoso, no quieres que te estreche en mis brazos... no faltaba mas!...

DUVAL. (*Confuso.*) Padre mio...

MARIGNON. Vamos, ¿qué te detiene? (*Duval se arroja en sus brazos despues de vacilar un momento.*)

MARIA. (*Aparte.*) ¡Cuánto debe padecer! (*Alto.*) querido tio... Duval iba á salir cuando habeis entrado... un negocio urgente le reclama...

DUVAL. Con efecto iba...

MARIGNON. ¡Ba!... pensais que me lo vais á hacer creer..... (*Sonriéndose.*) Un poco de paciencia, Maria, ya te volveré á tu novio; pero no es justo que por tí se olvide enteramente de los amigos: (*A Duval.*) vamos, José, esplícame todo esto; ¿cómo has logrado reunir esa cantidad?

MARIA. Tio... Duval os esplicará todo esto mañana... pero ahora...

DUVAL. Ahora es preciso que salga de aqui, es indispensable.

MARIGNON. ¡Otra vez!... (*Examinándolos.*) ¿Qué significa esto?... ¿Qué teneis? Los dos me pareceis alterados, inquietos... pero ya adivino... (*A Duval.*) ¿Temes que te reprenda por no haber cumplido hoy tu deber con tu acostumbrada esactitud? Ya he arreglado yo todo esto. He conseguido el permiso para que no rindieses tus cuentas hasta por la mañana; he respondido de todo como el mas antiguo de los cobradores del banco. Ademas como sabia las cantidades que has cobrado por mí, he notado en mi registro como recibidos los 150.000 francos que te habia confiado.

DUVAL. (*En la mayor agitacion.*) ¡Desdichado! No, no, eso no es verdad... ¡Oh! decidme que no lo habeis hecho!...

MARIGNON. (*Tranquilamente.*) ¿Y por qué? ¿no era yo el encargado de recaudar esos fondos?...

DUVAL. (*En el mayor delirio.*) ¿Por qué?... ¿me preguntais?... ¡Porque os creerian mi cómplice!... ¡porque os vais á perder conmigo!...

MARIA. No le hagais caso, señor; no le hagais caso... es infeliz... no sabe lo que se dice... las emociones que hoy ha esperimentado...

MARIGNON. ¡Calla, calla!... ¡no sabes qué horribles sospechas han dispertado tus palabras en mi corazon!... (*Se oye llamar violentamente á la puerta de la calle.*)

MARIA. (*Con terror.*) ¡Huid, José!... ya están aqui... esta puerta pequeña conduce al patio.

MARIGNON. ¡Cielos! con que es cierto... le persiguen... vienen á prenderle...

DUVAL. (*Disponiéndose á salir.*) Adios, Maria.

MARIGNON. ¡Miserable, tú has robado al banco! (*Le agarra por el cuello y le hace arrodillar.*)

MARIA. ¡Perdon!... ¡perdon!...

MARIGNON. ¡No hay perdon para un crímen tan infame!

MARIA. Si le ha cometido ha sido por salvarnos á todos... á vos... á vuestra esposa... á vuestro hijo... y á mi tambien.

MARIGNON. ¡Infeliz! ¡A qué socorrernos á costa de nuestro honor!... ¿no valia mas dejarnos morir de hambre que hacernos morir de vergüenza?

DUVAL. Una especie de delirio se apoderó de mi alma... no pude veros padecer... pero justo es que pague mi culpa; entregadme á la justicia.

MARIGNON. ¡Entregarte!... ¿Y por qué no?

MARIA. ¡No ois!... ¿no ois?... ¡ya suben! (*Se dirige á la puerta.*)

MARIGNON. Pues bien; encárguese el cielo de tu castigo... pero yo... no puedo denunciarte, no puedo entregar al que he querido como á un hijo!...

DUVAL. ¡Marignon!

MARIGNON. ¡Y el dinero del banco!

DUVAL. (*Entregando los billetes.*) Tomad.

MARIA. Despachaos... por la puerta pequeña... corred...

MARIGNON. ¿Qué haces? ¡huye, huye pronto, infeliz!

DUVAL. ¡Padre mio! ¡Maria! ¡A Dios! ¡á Dios para siempre! (*Se vá por la puerta pequeña.*)

MARIGNON. ¡Perdonadle, Dios mio! Yo no podia entregar á la justicia al hijo de mi pobre Duval.

ESCENA IX.

MARIA, MARIGNON, DOMINGO, LUISA, *el* COMISARIO *de policia y guardias municipales.*

DOMINGO. ¿Padre mio, qué sucede? acaban de hacer una pesquisa en nuestra casa.

LUISA. Hablaban de prenderte.

MARIGNON. ¡A mí!

COMISARIO. (*A los municipales.*) Guardad bien esa puerta. Este hombre es uno de los autores del robo cometido hoy en el banco.

MARIGNON. ¿Qué es lo que estais diciendo!

LUISA. ¡Mi marido!

DOMINGO. ¡Mi Padre!

MARIA. ¡El!

MARIGNON. (*Tranquilamente.*) Os equivocais, señores, y os pido que me escucheis.

COMISARIO. Marignon habeis anotado un recibo falso en los registros del banco.

MARIGNON. ¡De mí tan infame sospecha!

COMISARIO. Es cierto cuanto dijo Mr. Bidaut. (*A los municipales.*) Registradle.

MARIGNON. ¡Deteneos! Tengo en efecto en mi poder el dinero robado; hele aquí. (*Entrega los billetes al Comisario.*) Pero este dinero lo he arrancado yo mismo de las manos de Duval para restituirlo al banco.

COMISARIO. ¡Ya! Pero aqui faltan las cantidades empleadas en pagar vuestras deudas. Conducidle á la carcel. (*A los municipales.*)

LUISA. ¡Mi esposo culpable!... ¡mi esposo deshonrado!... (*Cae abatida sobre una silla.*)

MARIA. ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio!

MARIGNON. ¡Pobre Luisa! (*Con energia levantando los ojos al cielo.*) ¡Ah! ¡Dios sabe que no soy un infame ladron!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

El teatro representa el patio del presidio de Brest.

ESCENA PRIMERA.

Multitud de presidiarios, BERDIER; *un* COMITRE, *un* AYUDANTE *y guardias del presidio.*

AYUDANTE. Cómitre, en cuanto pase la hora de descanso destinareis seis presidiarios al astillero, y una brigada al muelle.

CÓMITRE. Está bien, mi ayudante.

AYUDANTE. Sobre todo mucha vigilancia. Me han denunciado varios proyectos de evasion.

CÓMITRE. ¿Quién ha sido el delator?

BERDIER. Yo, mi cómitre.

CÓMITRE. ¡Ah! ya te conozco, se puede contar contigo.

BERDIER. En cuatro años que estoy aqui he procurado seros útil cuanto me ha sido posible.

CÓMITRE. Serás recompensado.

BERDIER. Sargento, me siento hoy muy malo... Si me dierais de baja para retirarme á la enfermería...

AYUDANTE. Bueno, ya veremos lo que dice el médico.

BERDIER. Mi ayudante, es que temo...

AYUDANTE. ¿Qué es lo que temes?

BERDIER. Temo que no lleguen á sospechar mis compañeros las revelaciones que os hago. Conoceis bien á los presi-

diarios, si llegaran á descubrir que yo soy quien los espio...

CÓMITRE. ¿Y qué?

BERDIER. ¿Qué? ¡Friolera! No me alabaria de ello por mucho tiempo.

AYUDANTE. Silencio; ahora entra la brigada del astillero.

ESCENA II.

DICHOS, *varios guardias y presidiarios;* MARIGNON *y* RAMPONEAU *entre ellos. Varios presidiarios entran cargados de diversos utensilios;* MARIGNON *trae sobre los hombros una viga que deja caer, y se para rendido de cansancio.*

AYUDANTE. ¿Cómo es eso? ¿No te han mandado llevar esa viga?

MARIGNON. Señor, me abandonan las fuerzas.

AYUDANTE. Vamos, vamos, vuelve á cargar con ella, y adelante... ó sino... (*Va á pegarle, y Ramponeau se coloca entre los dos y recibe el bastonazo.*)

RAMPONEAU. ¡Bravo!

AYUDANTE. ¿Por qué te pones en medio?

RAMPONEAU. Descargad sin miedo, mi ayudante, y ya que os hace falta desahogar vuestra cólera, tanto da que sea sobre mí que sobre ese pobre viejo.

AYUDANTE. Vete de aqui.

MARIGNON. Sí, retírate infeliz; déjame sufrir solo.

RAMPONEAU. No. Siga el vapuleo, mi ayudante. A mí no me duelen los bastonazos mas que en las espaldas, en tanto que á mi pobre viejo le retumban hasta el corazon, y eso es poco saludable. Ea, descargad sin miedo, que tengo sólidas las espaldas.

AYUDANTE. Te repito que te apartes. Yo no castigo mas que con justicia, y tú ahora no eres culpable.

RAMPONEAU. (*Sacándole el pañuelo del bolsillo de la levita y mostrándoselo.*) Sois muy cándido, mi ayudante, os engañais de medio á medio. Aqui teneis este pañuelo que os restituyo.

AYUDANTE. ¡El mio!

RAMPONEAU. (*A Marignon.*) Escúrrete, viejo, ahora que no se acuerda de tí.

MARIGNON. Yo me acordaré siempre de que me has evitado una afrenta mas. (*Se aleja.*)

AYUDANTE. ¿Tienes gana de que te encierre en el calabozo y que te doble los grillos?

RAMPONEAU. Gracias por el regalito; guardadle para los aficionados, á mí me hace daño.

AYUDANTE. ¿Te burlas? pues bien, desde mañana...

RAMPONEAU. Mañana, mi ayudante, si teneis algun encargo que darme para las Indias, lo haré con mucho gusto.

AYUDANTE. Tu condena no cumple hasta dentro de diez años.

RAMPONEAU. Sí, pero yo tengo una cita amorosa dentro de tres meses con una vayadera, y procuraré no faltar á ella.

AYUDANTE. Muy bien, gracias por el aviso, ya te vigilaré. (*Se aleja seguido del cómitre.*)

MARIGNON. (*A Ramponeau.*) ¿Teneis efectivamente medios para escaparos?

RAMPONEAU. Asi, asi; no me faltan.

BERDIER. Entonces no muestras mucha astucia en advertírselo. Desde mañana te vigilarán.

RAMPONEAU. Puede ser; pero yo me largo hoy mismo.

TODOS. ¡Hoy!

RAMPONEAU. O al menos lo intentaré por sesta vez.

BERDIER. ¿Y cómo?

RAMPONEAU. ¿Cómo? En primer lugar...

MARIGNON. Deteneos, callad. No reveleis á ese hombre vuestro secreto.

BERDIER. ¿Y por qué?

MARIGNON. Su cobardia y su perfidia le han conducido á este sitio; y os venderia como me vendió á mí, su amigo y su compañero.

RAMPONEAU. ¡Seria capaz de tal infamia! ¿Con que querias dar el soplo, eh? ¿y vender á los amigos? Berdier, Berdier, ándate con cuidado.

TODOS. (*Rodeándolo.*) ¡Venganza, venganza!

BERDIER. ¡No, no, es falso, perdon! ¡Socorro, socorro! (*Los guardias se acercan.*)

CÓMITRE. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

RAMPONEAU. Nada, mi ayudante.

BERDIER. Me querian...

RAMPONEAU. (*Bajo.*) ¡Silencio! ó las pagarás todas juntas.

BERDIER. (*Aparte.*) ¡No he escapado de mala! (*Marchándose, y los guardias vuelven á sus puestos.*) Yo me vengaré de tí, pierde cuidado.

ESCENA III.

DICHOS, *menos* BERDIER.

RAMPONEAU. Ya estamos libres de ese tunante. Eso es lo que yo queria. Escuchadme todos, tengo que hablaros. (*Le rodean.*) Antes de todo, viejo mio, os manifestaré que tanto yo como todos los presentes os hemos tomado cariño, á pesar de no hacer mas que un mes que estais entre nosotros.

MARIGNON. Es cierto, no hace mas que un mes que estoy en el presidio de Brest; pero condenado por veinte años he sufrido ya ocho en el de Toulon, é ignoro por qué me han trasladado aqui.

RAMPONEAU. Yo estoy en la misma ignorancia; pero sea como quiera, haceis mal juego en medio de esta ilustre asamblea. Responded francamente con la mano puesta sobre el corazon. ¿Con qué derecho estais aqui?

MARIGNON. Para qué cansar con la revelacion de mis desgracias. Soy inocente, no las he merecido, y sin embargo han causado mi deshonra, la de mi familia y la muerte de mi Luisa, de mi esposa, la compañera de toda mi vida; la que me habia ayudado á soportar el hambre, la miseria y el dolor, no ha tenido fuerzas para resistir á mi infamia, y la he visto morir de vergüenza y de desesperacion.

RAMPONEAU. (*Enjugando una lágrima.*) Basta, buen viejo, ó me hareis llorar.

MARIGNON. No sé cómo he podido soportar durante ocho años esta vida espantosa, y resistir á tan terribles recuerdos.

RAMPONEAU. Ocho años! Ya es bastante... Es preciso sacaros de aqui, padre Marignon. Vais á partir.

MARIGNON. ¡Partir!... Aun me faltan doce años para cum-

plir mi condena; solo pasado este tiempo...

RAMPONEAU. ¡Vaya, vaya! A mí tambien me faltan diez años, y aunque soy jóven y tengo tiempo para pagar, hoy mismo pienso declararme en quiebra; no teneis mas que imitarme si quereis obtener vuestra libertad.

MARIGNON. ¡Que si quiero!... me preguntais? ¡Ah! Volver á ver á mi hijo... ¡abrazar á mi pobre Maria!... ¿pero cómo conseguirlo?

RAMPONEAU. Eso corre de mi cuenta. Yo puedo aun esperarme un mes, de aqui á entonces... en fin, yo me entiendo... Padre Marignon, mis medios de evadirme, todo lo que habia preparado para mí... ¡qué diantre!... os lo ofrezco de buena voluntad... ¿os conviene? sí, ó no.

MARIGNON. ¡Ah! ¡me ofreceis la libertad, el aire, la vida!...

RAMPONEAU. Y tres francos y diez sueldos que encierra el cajon de mi gabeta. Hélos aqui. (*Los guardias se adelantan á la escena y el cómitre, el ayudante y Berdier entran.*)

ESCENA IV.

DICHOS, BERDIER, *el* AYUDANTE, *el* CÓMITRE *y guardias.*

BERDIER. (*Aparte.*) Mucho tiempo han estado hablando... algo preparan.

MARIGNON. ¡Silencio!... ¡aqui vienen!...

AYUDANTE. El señor inspector concede por hoy una hora de descanso á los trabajadores. (*Movimiento y murmullos de alegria entre los presidiarios.*) Se aumentará la racion de vino á los que durante la visita que va á tener lugar, guarden silencio y decoro.

RAMPONEAU. ¡Visitadores!... ¡Magnífico!... Algun milord sin duda.

MARIGNON. ¡Otra nueva humillacion!...

AYUDANTE. Son dos viajeros de alta clase; un cónsul de Rusia y su amigo M. Arturo de Barloof.

RAMPONEAU. Pues... milores rusos... ya estamos... (*Todos los presidiarios se retiran á un lado de la escena.*)

ESCENA V.

DICHOS, *el cónsul seguido de varios lacayos y dando el brazo á* José Duval, *que viene ricamente vestido; pero su rostro pálido, su frente calva y su cuerpo encorbado manifiestan lo que ha sufrido. El* Ayudante, *señalando á los presidiarios.*

Ayudante. Juan Mardoqueo.

Ramponeau. (*Saliendo.*) Alias, Ramponeau.

Ayudante. Ha intentado evadirse cuatro veces de la prision.

Ramponeau. Cinco, si no os enojo, mi ayudante.

Ayudante. Pedro Marignon.

Duval. (*Alejándose espantado.*) ¡Marignon!...

Ayudante. Antiguo cobrador del banco; robó las fondos que se le habian confiado.

Marignon. ¡Ah! ¡no lo creais!... ¡no es cierto!... no es cierto.

Duval. (*Aparte.*) ¡Él aqui!...

Ayudante. ¡Silencio! Si se fuera á creerlos, todos serian inocentes.

Marignon. ¡Dios mio! No bastan los tormentos que sufro á cada instante sino que tambien he de verme abrumado de vergüenza y de infamia, sin que tenga el derecho de gritar: «¡Yo no soy culpable! ¡no, yo no soy culpable!...»

Ayudante. (*Levantando el baston.*) ¡Silencio! digo.

Duval. (*Deteniéndole y procurando ocultar al mismo tiempo sus facciones á Marignon.*) ¡Deteneos!... ¿No puede ser que este desgraciado haya sido condenado injustamente?...

Ayudante. Todos dicen lo mismo, caballero.

Marignon. (A *Duval que oculta su rostro.*) Os doy gracias, señor, por el interés que os dignais manifestarme. Ah! sois el primero, el primero despues de ocho años que ha hecho justicia á mi honradez.—Rodeado de riquezas y de honores os compadeceis del pobre presidiario!—Dios, solamente puede recompensaros como mereceis!—

DÚVAL. (*Aparte.*) Qué tormento, Dios mio!—Mi valor y mi fuerza me abandonan!...

EL CÓNSUL. (*A Duval.*) Qué teneis, amigo mio?

DUVAL. Nada, monseñor: pero la presencia de estos desgraciados agrava mis dolencias.

EL CÓNSUL. Y este mas que ninguno parece causaros una impresion estraordinaria.

DUVAL. Es cierto! La suerte de ese hombre me interesa en estremo. Ya os he dicho que en otro tiempo, antes de mi viage á Rusia, antes que los servicios que he prestado á vuestro pais me hubiesen enriquecido, pertenecia á la clase humilde del pueblo, y que uno de mis compañeros fué condenado injustamente.

EL CÓNSUL. A presidio. Os he ofrecido obtener su perdon del gobierno francés... pero sino me engaño me dijisteis que ese presidiario estaba en Toulon.

DUVAL. Y ahora le encuentro aquí!... miradle... Oh! Cómo le ha acabado el dolor!—Su perdon llegará tarde!...

CÓNSUL. Alentad pues su valor, manifestadle que tal vez conseguirá muy pronto su libertad gracias á vuestro influjo.

DUVAL. No, oh! no, no.

CÓNSUL. Y por qué?

DUVAL. No quiero darle una esperanza que podria desvanecerse todavía.—Ademas ya os lo he dicho; la enfermedad que padezco se ha agravado con la presencia de estos desgraciados... oh! salgamos de aquí, salgamos de aqui cuanto antes!...

AYUDANTE. Si gustais continuar...

CÓNSUL. No. (*A un lacayo.*) Mandad acercar el coche. (*Poniendo un bolsillo en manos del ayudante.*) Distribuid esto entre los mas necesitados y menos culpables.

DUVAL. (*Al Cónsul al salir.*) Le salvaremos, no es cierto, monseñor?

ESCENA VI.

DICHOS *menos* DUVAL, *el* CÓNSUL *y su comitiva.*

RAMPONEAU. (*Mirando el bolsillo.*) La visita ha sido corta pero productiva, segun parece.

EL AYUDANTE. (*Guardándolo.*) «A los menos culpables,» ha dicho el señor ruso.

RAMPONEAU. Si, pero ha añadido tambien «y á los mas necesitados» y yo soy de este número. Tengo necesidad de dinero para mi viage á las Indias.

AYUDANTE. Ven á pedirlo en el momento de ponerte en camino. Todo el mundo adentro: se acerca la hora del trabajo.

RAMPONEAU. (*Bajo á Marignon.*) Buen viejo, no hay que estar triste; os salvaré: ya os esplicaré mi plan.

MARIGNON. (*Como volviendo en sí.*) ¿Cómo?.. vuestro plan! ¿qué decís?

RAMPONEAU. Chit! silencio!... Qué torpeza!... No hay mas: se le conoce en todo que es un hombre de bien. (*Los presidiarios se van de la escena.*)

BERDIER. (*Al marcharse.*) Han estado hablando en secreto. (*Marignon se dispone á seguir á sus compañeros, el Ayudante le detiene.*)

AYUDANTE. Quédate aqui.

MARIGNON. ¿Por qué?

AYUDANTE. Hay una persona que quiere verte y ha obtenido el permiso para ello, voy á dar órden para que la dejen entrar. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MARIGNON, *despues* MARIA, DOMINGO *y* MOULINET *con uniforme de soldado.*

MARIGNON. ¿Quién puede interesarse por mí? Los únicos que me aman en el mundo gimen lejos de aqui abrumados por el peso de mi deshonra. ¿Será tal vez algun curioso, algun impertinente? ó mas bien este hombre se

engaña y no es á mí á quien busca. (*El Ayudante vuelve á aparecer seguido de Domingo, de María y de Moulinet.*)

AYUDANTE. Ahí le teneis.

MARIGNON. Cielos!... qué veo!...

DOMINGO. Padre mio!

MARIA. Señor!... (*Se arrojan en sus brazos.*)

MARIGNON. Sois vosotros, hijos mios!... no es un sueño, una ilusion? no, son ellos, son ellos mismos!... os vuelvo á ver... vuelvo á abrazaros despues de ocho años!... oh! dadme fuerzas, Dios mio!... dadme fuerzas para soportar tanta ventura!

DOMINGO. Calmaos, padre mio!

MARIGNON. Oh! tú no sabes, Domingo, tú no puedes saber lo que siento en este momento!... no es solo una familia lo que recobro en vosotros, sino las únicas personas de este mundo ante las cuales no tengo que avergonzarme, y que no me desprecian.

MARIA. Despreciaros á vos señor, tan generoso, tan puro!

MARIGNON. Sí, hijos mios, sí; los ocho años que he pasado confundido en medio de los criminales, han quebrantado mi fuerza y mi valor. La fé de mi corazon se va apagando poco á poco bajo este trage afrentoso, mi valor cae rendido bajo los golpes de mis guardas. ¿Qué mas os puedo decir? Son tan raros los errores de la ley que nadie puede persuadirse de que soy inocente: y todos me insultan, todos me ultrajan y tantas veces se han burlado de mis protestas y de mis lágrimas que casi han logrado trastornar mi razon que algunas veces yo mismo dudo si soy culpable y realmente habré cometido un crímen que estoy espiando hace tanto tiempo.

MARIA. Ah! no sois culpable, bien lo sé yo.

DOMINGO. Todos lo sabemos.

MOULINET. (*Llorando.*) Sí... todos! voto al chápiro!

MARIGNON. Ah... eres tú, amigo mio? Moulinet ¿no es cierto?

MOULINET. Sí señor, Moulinet... ¿no os acordais? os cuesta trabajo reconocerme... ya se vé como he crecido tres pulgadas desde que estoy en el regimiento...

MARIGNON. ¿En el regimiento?... con efecto... (*Examinándolos.*) tu tambien, Domingo, tú tambien eres soldado?

DOMINGO. Qué habia de hacer, padre mio, al menos aqui confundido entre tantos no es tan conocida nuestra triste

historia... ah! no erais vos el único que proclamábais altamente vuestra inocencia, y cuya voz no era creida.... «es el hijo de un presidiario» decian, y asi ví poco á poco alejarse de mí á todos los que antes se llamaban mis amigos, á todos cuantos podian proporcionarme medios para vivir. Pedia trabajo, no lo hallaba y si hubiera pedido una limosna me la hubieran tal vez negado con desprecio diciendo como los otros «es el hijo de un presidiario»!...

MARIGNON. Infeliz hijo mio!... Oh! José Duval! terrible es la cuenta que tenemos que arreglar ante el tribunal de Dios!

DOMINGO. Entonces fué cuando volví á ver á Moulinet...

MOULINET. Presente! Yo fuí quien le aconsejé que vistiera el pantalon encarnado y la cucarda tricolor, y poco despues partimos para Argel donde hemos hecho un zafarrancho de beduinos... que ya, ya...

MARIGNON. Y mi pobre Maria!

DOMINGO. Oh! como siempre; buena y virtuosa!... Cuando supo que nuestro regimiento venia de guarnicion á Brest quiso acompañarnos en el viage.

MOULINET. Y desde entonces se pasó en claro los dias, las noches y lo restante del tiempo meneando la aguja para recoger dinero para el viage.

MARIA. El cielo ha secundado mis esfuerzos...

MOULINET. El cielo y vuestro trabajo. Puede decirse que la abeja y la hormiga no son mas que unas vagabundas comparadas con vos.

MARIA. Y no estoy ya suficientemente recompensada de mis trabajos!

MARIGNON. Hija querida!

ESCENA VIII.

DICHOS *y* RAMPONEAU.

RAMPONEAU. Perdonad si os molesto.

DOMINGO. ¿Qué nos quiere este hombre?

MARIGNON. Es el único que se interesa aqui por mi suerte y que no duda de mi inocencia, aunque condenado como yo. Su buena amistad me ha evitado muchos sufrimientos.

RAMPONEAU. ¿Estais en sociedad? ¡Hola! tenemos tertulia... pues me largo.

MARIGNON. ¡Son mis hijos!...

RAMPONEAU. ¡Calla!... ¿pues no me habias dicho que solo teniais un hijo?... un hijo que se compone de dos muchachones y de una jóven tan linda... no deja de ser particular.

MARIGNON. Este jóven es un amigo, y esta... (*Señalando á Maria.*)

RAMPONEAU. Ya, ya adivino, la sobrina de quien me habeis hablado tantas veces... en ese caso (*A Moulinet.*) amigo mio... (*Le hace una señal para que se aleje.*)

MOULINET. ¿Cómo?

RAMPONEAU. Os digo, amigo mio... (*Vuelve á hacer el mismo gesto.*)

MOULINET. No entiendo mímica.

RAMPONEAU. En ese caso me esplicaré. Tengo que hablar con los señores de un asunto que sois muy dueño de no oir, y para que goceis enteramente de esta libertad...

MOULINET. ¡Ah! sí... (*Haciendo el mismo gesto que Ramponeau.*) ya comprendo; esto quiere decir que aqui estorbo.

RAMPONEAU. Justamente. Sois un lince.

MARIGNON. ¿Pero no podeis esplicaros delante de él?

RAMPONEAU. Imposible. Son secretos de familia.

MOULINET. Que no quede por mí, voy al cuerpo de guardia, y luego estoy de vuelta.

RAMPONEAU. Como gusteis, guerrero, como gusteis. (*Moulinet entra en el cuerpo de guardia.*)

ESCENA IX.

DICHOS *menos* MOULINET.

RAMPONEAU. Ahora, padre Marignon, llegó el instante, el momento, la hora precisa... esta noche hacemos novillos.

DOMINGO. ¿Qué quereis decir?

RAMPONEAU. Este pobre viejo no puede estar mas tiempo zambullido en esta cárcel; ya empieza á enmohecerse...

es preciso que le dé el aire. (*En este momento Berdier aparece en el fondo, los observa y se oculta detras de una piedra.*)

MARIGNON. ¿Pero cómo fugarse?...

BERDIER. (*Aparte.*) ¡Un proyecto de evasion!... escuchemos.

RAMPONEAU. Vais á saber los medios con que cuento; los tenia dispuestos para mí, solo me faltaba un amigo de fuera de la carcel, vos le hallais en vuestro hijo... con que al avío.

MARIGNON. ¿Y si hubiese algun peligro?

RAMPONEAU. (*Con ironia.*) ¿Peligro?... ¡qué disparate! aqui todo el mundo entra y sale como Pedro por su casa. Los centinelas hacen los honores á los que se escapan, y los cabos del presidio les desean feliz viaje. ¡Vaya! ¡vaya! ¡buen viejo!... ¿quereis salir de aqui como de vuestra casa con las manos metidas en los bolsillos, y saludando al portero?

MARIA. Pero y esos medios con que contais...

RAMPONEAU. Hélos aqui, escuchadme bien. Ya sabreis que en el presidio no tenemos mas que un solo pensamiento, la libertad. Por lo general, y con muy raras escepciones, la prefieren todos á los palos; por esta razon una noche que me dió por soñar disparates, me dije á mí mismo: si hubiese un subterráneo que atravesára todo lo largo del patio, vendria á salir al puerto, y con un poco de osadía sería muy fácil hacer un agujero en la muralla que me daria salida al campo.

TODOS. ¿Y qué?

RAMPONEAU. ¿Qué?... que el subterráneo no existia.

MARIGNON. Pero entonces...

RAMPONEAU. Me decidí á hacerle yo á mi gusto.

MARIA. ¡Es posible!

RAMPONEAU. Toda la dificultad consistia en hacer una escavacion de 35 pies, con una escarpia por única herramienta. Marco acababa de morir, y escurriéndome debajo de su tarima todas las noches, he trabajado cinco meses en mi proyecto, y anoche quedó terminado.

BERDIER. (*Aparte.*) Bueno, ya sé bastante. (*Vase por el fondo.*)

DOMINGO. Es decir, que ahora no hay mas que meterse debajo de la tarima...

RAMPONEAU. Levantar las baldosas...

MARIGNON. Y penetrando en el subterráneo...

RAMPONEAU. Se va derecho á salir á la garita número 3, donde el centinela os agarra del cogote, ú os vuelve á zambullir dentro, segun mas le agrade.

MARIA. ¡Cómo!

RAMPONEAU. Me habia engañado en mi cálculo.

MARIGNON. Pero entonces á qué viene...

RAMPONEAU. ¿A qué? (*Mirando á todos lados.*) A que Berdier nos estaba espiando desde alli. Vosotros no le habeis visto; pero ese bribon tiene para mí un olor á ahorcado que le siento desde una legua.

MARIGNON. ¿Es decir que ese subterráneo no existe?

RAMPONEAU. Sí tal; pero como va á salir á tan mala parte, me he visto precisado á renunciar á mi primer proyecto. El amigo Berdier querrá aprovecharlo para él, y las pagará todas juntas; pero oid ahora mi nuevo plan: el flamante, el bueno, el fresquito! (*Entregándole un papel.*) Leedle con atencion; ahi vereis donde podreis encontrar limas, un pasaporte, vestidos para reemplazar á los que os han dado, y cabellos postizos para reemplazar á los que os han quitado.

DOMINGO. Pero y yo...

RAMPONEAU. Vos tendreis prevenida una escala de 20 pies de largo, y en cuanto den las ocho y se halle recogida la chusma, os hallareis al pie de la muralla junto al astillero.

MARIGNON. ¡Pero y si le descubriesen!... ¡Mi hijo se perderia sin remedio!

DOMINGO. ¡Qué importa, padre mio! El deber de hijo es antes que todo; venga despues el castigo de soldado.

RAMPONEAU. Con prudencia y maña nada hay que temer; dentro de dos horas, buen viejo, estareis tan libre como el aire.

MARIGNON. Libre, Dios mio!... pero arriesgando la vida de mi hijo... no, no debo aceptar.

MARIA. Oh sí! debeis hacerlo por todos nosotros que os debemos tanto!

MARIGNON. Hijos mios!

RAMPONEAU. Ea, no hay mas que decir; ya estamos convenidos, pero silencio... aqui viene la canalla. (*Aparte.*) Caramba con los hombres de bien!... mas trabajo me cuesta

resolverle á que huya en mi lugar, que si tratára de obligarle á que cumpliera por mí mi condena.

ESCENA X.

DICHOS, *guardias*, *el* AYUDANTE, *los presidiarios y* BERDIER.

AYUDANTE. (*A Domingo y á Maria.*) Los presidiarios van á recojerse, salid.

DOMINGO. (*Bajo.*) Hasta las ocho, padre mio.

MARIGNON. Bien; pues lo quieres. Hasta las ocho. (*Viendo alejarse á Domingo y á Maria.*) ¡Dios mio! si nos amenaza una nueva desgracia, caiga toda sobre mí: ¡salvad á mi hijo!

AYUDANTE. (*A los presidiarios.*) Vamos, vamos.

RAMPONEAU. Buenas noches, compadre Berdier.

BERDIER. Gracias, amigo Ramponeau.

RAMPONEAU. Dormíd bien, y cuidado con soñar disparates, querido: es muy poco saludable. (*Los presidarios se ván por la derecha, Maria por la izquierda, Domingo entra en el cuerpo de guardia; va anocheciendo.*)

ESCENA XI.

EL COMITRE *y* DUVAL *entrando por el fondo, despues el* AYUDANTE.

CÓMITRE. Caballero, tened la bondad de esperar aquí un momento. Voy á preguntar si se os puede conceder lo que pedís.

DUVAL. Contad con mi gratitud. (*El Cómitre entra en la cárcel.*) No he podido resistir al deseo de interceder en favor del infeliz Marignon; quiero hacerle al menos mas llevadera su suerte en tanto que obtengo su perdon. (*El cómitre vuelve á salir acompañado del Ayudante.*) ¿Podré verle?

CÓMITRE. No es posible hablar á ningun preso.

DUVAL. ¡Cómo!

AYUDANTE. Perdonad, caballero; venís á muy mal tiempo: se me acaba de denunciar una tentativa de evasion y no es este el momento de manifestar indulgencia.

DUVAL. ¡Una evasion!...

AYUDANTE. (*Al cómitre.*) Tomad dos hombres y colocaos con ellos al pie de la tapia que dá al astillero, esperareis á que el culpable intente escalarla para apoderaros de él. El culpable es Marignon.

DUVAL. ¡Marignon! ¿Marignon decís?

AYUDANTE. El mismo por quien tomabais hace poco tanto interés gracias á su fingida resignacion. Dias ha que sabiámos que Romponeau se habia procurado recursos para fugarse: conociamos el lugar en que tenia escondidos los disfraces, unas limas y un pasaporte falso, dispuse que vigiláran este sitio esperando que el culpable se descubriera á sí mismo yendo á buscar dichos objetos...

DUVAL. Pero Marignon... ese Marignon de quién me hablabais...

AYUDANTE. Es el que ahora mismo acompañado de su cómplice se ha apoderado de dichas prendas, lo que nos ha convencido ser el quien quiere aprovecharse de aquellos medios de evasion... aguardamos no obstante que los ponga en planta para hacerle pagar bien cara su tentativa.

DUVAL. ¡Cielos!... pero no seria mas humano manifestarle que su plan estaba descubierto y hacerle reconocer su falta?... Dejad que yo le vea...

AYUDANTE. Imposible. Las órdenes que me han dado son muy severas y sin un permiso del comandante...

DUVAL. Bien, iré á hablarle, y si es preciso emplearé la influencia del cónsul para lograrlo.

AYUDANTE. (*Sin escucharle, al Cómitre.*) Dispondreis al mismo tiempo que tres hombres vigilen la tapia por el mismo lado en la parte esterior; un soldado hijo del culpable trata, segun parece, de ayudarle en su fuga. (*Saludando á Duval.*) Caballero... (*Se vá con el Cómitre.*)

DUVAL. ¿Qué es lo que ha dicho?... su hijo... un soldado... no, no, Domingo no es soldado... ¿pero y si lo fuese? ¡Oh! ¡qué hacer, Dios mio, qué hacer!

ESCENA XII.

DUVAL, *un* CABO *y* MAULINET.

CABO. ¡N.º 5!

MOULINET. ¡Presente!

DUVAL. (*Aparte deteniéndose.*) ¡Cielos! ¡qué veo! ¡Moulinet!

CABO. De centinela.

DUVAL. (*Observándolo en tanto que el cabo releva al centinela y deja á Moulinet en su lugar.*) ¡Sí, él es! ya ha anochecido enteramente y no podria reconocerme. Debo emprenderlo todo para salvarlos. (*El Cabo y el soldado entran en el cuerpo de guardia, Duval se acerca á Moulinet.*) ¡Camarada!

MOULINET. ¿Qué hay?... ¿quién vive? Cabo de...

DUVAL. ¡Silencio! soy un amigo vuestro.

MOULINET. Un amigo que no conozco; ¡un amigo á estas horas!... No os acerqueis ó llamo; cabo de...

DUVAL. ¡Silencio por Dios! ¡Una terrible desgracia amenaza á las personas que amais; yo vengo á salvarlas!

MOULINET. ¿Las personas que yo amo?

DUVAL. Los momentos son preciosos... decidme antes de todo, que ha sido de Domingo.

MOULINET. ¿Cómo? ¿Do... Domingo?... ¡Es particular! yo conozco esa voz.

DUVAL. ¡Responded pronto!...

MOULINET. Domingo está aquí en el cuerpo de guardia; es soldado como yo.

DUVAL. ¡Con que es cierto!... ¿Quieres preservarle de un gran peligro?

MOULINET. ¡Sí por cierto!

DUVAL. Pues bien, dentro de un instante saldria para dirigirse al astillero, y allí le espera el peligro que te he dicho: no le dejes pasar de aquí, ó es perdido sin remedio porque al soldado que favorece una evasion se le condena á ser degradado y á la pena de muerte!

MOULINET. ¡Qué estais diciendo! ¡degradar á Domingo!... ¡fusilarle!:.. ¡no faltaba mas!

DUVAL. Oye, Moulinet.

MOULINET. ¡Sabe mi apellido!...

DUVAL. El que te habla es un pobre moribundo gastado por los sufrimientos y las desgracias, y solo la esperanza de salvar á Domingo y á su infeliz padre reanima en este momento mi valor, y me da fuerzas para oponerme al golpe que les amenaza; pero tú me ayudarás á salvarlos ¿no es cierto?

MOULINET. (*Aparte.*) ¡Otra vez la misma voz! (*Alto.*) ¿Y si me engañais?

DUVAL. ¿Dudas aun?...

MOULINET. ¡No, qué diantre? os creo, yo no sé porque; pero lo cierto es que os creo.

DUVAL. ¿Harás lo que me has prometido?

MOULINET. Sí.

DUVAL. ¿Le impedirás que acuda al sitio fatal?

MOULINET. Sí.

DUVAL. ¿Aunque arriesgues tu vida?

MOULINET. Sí... es decir, no... digo... sí... sí... en fin os juro que no pasará de aquí.

DUVAL. Bien, amigo mio, bien; ¡ójala podamos salvarlos! Corro á ver al cónsul, al gobernador y el cielo hará lo demas. (*Se vá.*)

ESCENA XIII.

MOULINET *y* DOMINGO.

MOULINET. Sí, el cielo hará lo demas... ¿pero qué es lo demas?... Lo ignoro absolutamente; pero lo mismo es; estoy convencido de la importancia del asunto y evitaré á toda costa el que Domingo pase de este sitio. (*Mirando al cuerpo de guardia.*) ¡Calla!... pues el hombre de la voz no me engañaba; aquí se acerca de puntillas. ¿Quién vive?

DOMINGO. ¡Silencio! soy yo, Domingo.

MOULINET. Sí, ya lo veo; pero á estas horas no se pasa de aquí.

DOMINGO. ¿Quién te dice que yo quiero pasar?

MOULINET. ¿No te diriges ahora al astillero?

DOMINGO. ¿Qué oigo? ¿Cómo lo sabes?

MOULINET. Porque lo sé.

DOMINGO. ¿Quién te lo ha dicho?

MOULINET. ¿Quién me lo ha dicho?... No lo sé.

DOMINGO. Esplícate...

MOULINET. ¿Que me esplique?... No puedo.

DOMINGO. Entonces apártate, es preciso que salga.

MOULINET. Quiá... al contrario; es preciso que no salgas.

DOMINGO. ¿Serás capaz de oponerte?

MOULINET. Sí por cierto; porque si te dejo salir te espongo á ser degradado y fusilado.

DOMINGO. Si me descubriesen, tal vez... pero no me verá nadie.

MOULINET. ¿Con qué es cierto? No me engañaron, ahora ya no vacilo. No saldrás, no te menearás, no pasarás de aquí.

DOMINGO. ¡Oh! sí; quiero salir y saldré, importa á mi vida, á mi honor...

MOULINET. ¿Importa á tu vida que te fusilen? ¿y á tu honor que te degraden?... vamos, vamos yo creo al hombre de la voz, que me dijo que eras perdido si te dejaba salir y... no saldrás.

DOMINGO. ¿De que hombre hablas?

MOULINET. ¡Qué se yo!... No sé mas que una cosa, que tu te empeñas en pasar y yo no quiero.

DOMINGO. Pues pasaré.

MOULINET. No, mil veces no, cuarenta mil veces no. (*Domingo queriendo forzar el paso.*)

DOMINGO. ¡Lo veremos!... (*Suena un tiro, y se detiene.*) ¡Ah!

MOULINET. ¿Qué es esto?

DOMINGO. ¡Ya es tarde!... ¡mi padre!... ¡mi pobre padre!... ¡Tú eres la causa de su muerte!...

MOULINET. ¡Yo!... ¿quieren volverme loco?

ESCENA XIV.

DICHOS, *guardias*, AYUDANTE, *presidarios*, COMITRE *y despues todos.*

AYUDANTE. ¿Qué hay? ¿dónde ha sonado ese tiro?

CÓMITRE. (*Entrando.*) Mi ayudante, un presidario ha intentado en efecto fugarse, el centinela no ha podido detenerle, se ha visto precisado á hacerle fuego y el desgraciado espira en este momento. (*Movimiento de horror en los circunstantes.*)

DOMINGO. ¡Padre mio!

RAMPONEAU. (*Vestido con uniforme de oficial y acercándose á él.*) No hay que asustarse, amigo, no es Marignon, es Berdier que se escapaba por el agujero.

DOMINGO. ¿Berdier?... ¿qué decis?

MARIGNON. (*Saliendo del grupo de los presidarios.*) ¡Hijo mio!

DOMINGO. ¡Mi padre! ¿con que es cierto?...

MARIGNON. Sí; el valor me ha faltado para arrostrar un peligro que á tí tambien amenazaba; pero ese tiro...

RAMPONEAU. (*Bajo.*) Es Berdier que ha caido en la ratonera.

MARIGNON. ¡Ramponeau!

RAMPONEAU. ¡Silencio! ¡Teneis algo que mandarme para las Indias? Mi Bayadera me aguarda, el tumulto me favorece y si logro escapar oireis bien pronto los tres cañonazos que anunciarán mi partida. (*Quiere alejarse pero el Ayudante que le observaba le detiene.*)

AYUDANTE. ¡Alto ahí, bribon!

RAMPONEAU. ¡Me atrapó! con tres años pago.

MARIGNON. Al menos, hijo mio, no he espuesto tu vida.

DOMINGO. Sí, pero vos quedais entre cadenas.

DUVAL. (*Que se acerca á Moulinet y le habla bajo indicándole que repita sus palabras.*) No será por mucho tiempo.

MOULINET. ¡Calla! ¡otra vez la voz!... no... no será por mucho tiempo.

DOMINGO. ¡Cómo!

MARIGNON. ¿Qué es lo que dices?

DUVAL. (*Lo mismo que antes.*) Tal vez pronto alcanzará el perdon.

MOULINET. Tal vez pronto alcanzará su perdon.

DOMINGO. ¿Por dónde lo sabes?

MARIGNON. ¿Quién te lo ha dicho?

MOULINET. ¿Quién?... pues voy á decirlo, el señor. (*Se vuelve pero Duval se aleja y ya está cerca de la puerta cuando se encuentra frente á frente con Maria que entra.*)

MARIA. (*Dando un grito.*) ¡Ah!

DUVAL. (*Huyendo.*) ¡Maria!

(*Todos se agrupan al rededor de ella y cae el telon.*)

Acto quinto.

El teatro representa un gabinete en casa de Duval ricamente amueblado, un escritorio, una mesa, sillones, ect.

ESCENA PRIMERA.

DUVAL *solo sentado en el escritorio.*

(*Al levantarse el telon acaba de cerrar una carta.*)

DUVAL. ¡Tendré fuerzas para llevar á cabo mi último sacrificio!... ¡Dios mio! ¡cuántos remordimientos por una sola falta! ¡cuántos tormentos por un solo dia de fascinacion y de delirio! (*Pausa.*) ¡Valor! no dejemos incompleta la obra de mi espiacion... (*Tira del cordon de la campanilla y aparece Juan.*)

ESCENA II.

DUVAL *y* JUAN.

JUAN. ¿Llamais, señor?

DUVAL. Entérate bien, Juan: estas tres cartas que dejo en mi escritorio, son: la una para el director del banco, la otra para mi notario, y esta para el señor Consul. Cuando

llegue el dia, que será bien pronto, en que la horrible enfermedad que me consume acabe con mi existencia...

JUAN. ¿Qué decis?

DUVAL. Entonces mandarás entregar estas cartas á quien indica el sobre de cada una de ellas...

JUAN. Pero señor...

DUVAL. Si viene á verme un soldado llamado Moulinet, le harás entrar.

JUAN. Ya ha venido: no atreviéndome á molestaros le he mandado que se espere en la antecámara.

DUVAL. Que entre: quiero verle ahora al instante... (*Juan se va.*) Me dará noticias de Marignon, de su hijo, y sobre todo de Maria, cuyo grito desgarrador resuena aun en mis oidos!... ¡solo ella me ha reconocido!... Pero ese grito se le arrancaria el espanto, el horror de mi presencia, ó tal vez ¡Dios mio! ¡habeis reservado todavia un poco de felicidad para el pobre proscripto!...

ESCENA III.

JUAN *seguido de* MOULINET, DUVAL *sentado en la chimenea.*

(*Juan hace señal á Moulinet de que puede entrar, y se retira.*)

MOULINET. Ya estoy en casa del bienhechor de Marignon, con quien estuve hablando sin verle la cara: felizmente hoy no será lo mismo. ¡Qué magnificencia! ¡dorados y rasos por todas partes! aqui se anda sobre chales de cachemira... Pues señor, prefiero esto á mi cuartel. ¿Pero dónde está el propietario?... (*Al dirigirse á la chimenea ve á Duval.*) ¡Ah! ya veo sus espaldas. (*Tose para llamar la atencion.*) Hum, hum.

DUVAL. (*Sin volverse.*) ¡Ola! ¿Sois vos, Moulinet?

MOULINET. Presente mi coronel... digo... mi general... Monseñor! (*Aparte.*) Me hace el mismo efecto que si estuviera en la presencia de un rico estrangero!... por fin voy á verle la cara.

DUVAL. Os he mandado venir para que me deis ciertos informes del mayor interes para mí.

MOULINET. ¡Ciertos informes! (*Aparte.*) ¡Si me exigirá el ruso que le revele los secretos de la Francia!... Afortunadamente no los sé...

DUVAL. ¿Está ya libre Marignon?

MOULINET. Lo mismo que nosotros. Llegó ayer tarde de Brets, y su hijo y yo hemos obtenido una licencia de quince dias para acompañarle.

DUVAL. Ya veis que he cumplido mi promesa; pero decidme: ¿hace mucho tiempo que conoceis á la familia de Marignon?

MOULINET. ¡Muchísimo! (*Aparte y procurando verle la cara.*) Y quisiera tambien conocerte á tí.

DUVAL. ¿Visteis poner en libertad á Marignon?

MOULINET. Sí, estuve presente á la ceremonia. Eran de ver las lágrimas del padre, la alegria de su familia y los vivas... digo... los hurras de los demas presidiarios. (*Aparte.*) Le hablo en ruso para adularle. (*Alto.*) Porque en el presidio todos reconocian la inocencia del buen viejo. Todos sabian que estaba alli en vez de ese bribon de Duval... (*Duval se levanta.*) (*Aparte.*) ¡Ah! por fin voy á verle la cara. (*Alto y acercándose.*) Pues como decia, señor, (*Duval le vuelve la espalda y se apoya en la chimenea.*) (*Aparte.*) Nada, ¡imposible! por fuerza es muy feo.

DUVAL. ¿Nada me dices de Maria?

MOULINET. ¡Maria! ¡pobre muchacha! Ella es la causa de que mi amigo Domingo sea muy desgraciado.

DUVAL. ¡Domingo! ¿y por qué?

MOULINET. Porque la ama; pero con un amor capaz de ablandar las piedras!...

DUVAL. ¿Y Maria?

MOULINET. ¡Ah! lo que es ella no me atreveré á asegurar si piensa ó no todavia en el otro... es decir... en el ladron; pero lo cierto es que cuantas veces se la han acercado, ya un señor encopetado como vos, ó un soldado raso como yo, les ha dado con la puerta en los hocicos; y cuando mi amigo Domingo la habla de su amor, ella le contesta siempre con aquella vocecita dulce y triste «Domingo, no puedo hacer mas que compadecerte, no puedo ser vuestra, pertenezco á otro por un juramento.»

DUVAL. ¡Por un juramento! ¡oh! ¡pobre Maria! (*Llora.*)

MOULINET. (*Aparte.*) ¡Calla! ¿qué es lo que le pasa? ¡parece que mi elocuencia le hace impresion! Si yo debia haber sido abogado... hubiera hecho derramar mas lágrimas á

los jurados, que agua vierten los cangilones de una noria.

DUVAL. Os doy gracias por los informes que me habeis dado. (*Llama y entra Juan.*)

MOULINET. No hay de qué, señor.

DUVAL. Sé que vuestra madre es pobre y anciana; (*Dándole un bolsillo.*) dadla eso de mi parte.

MOULINET. ¡Dinero!... no por cierto... ¡ah! ¡está en oro! Eso es diferente... acepto por no humillaros. (*Aparte mirando al bolsillo.*) ¡Luises de oro rusos!... ahora me pesa mas no haberle visto la cara.

DUVAL. (*A Juan.*) Enseñadle la salida. (*A Moulinet.*) Adios, Moulinet, ya nos volveremos á ver.

MOULINET. (*Aparte.*) ¡Volvernos á ver!... como si yo le hubiera visto. Por fuerza es tuerto ó le falta un ojo: no hay remedio. (*Se va con Juan.*)

ESCENA IV.

DUVAL *solo.*

Me ha esperado ocho años, en medio de la miseria, sorda al amor del pobre Domingo! ¡oh! ¡Maria, Maria! tu juramento ha permanecido grabado en tu memoria; pero habrás arrojado mi amor de tu corazon!... Sí, tú no puedes, no debes amarme!... yo te volveré tu libertad, yo completaré mi sacrificio!...

ESCENA V.

DUVAL *y* MARIA *que aparece en el fondo desasiéndose de varios criados que quieren impedirla la entrada en el gabinete.*

MARIA. ¡Ah! ¡dejadme, dejadme! ¡es preciso que yo le vea, que le pueda hablar!...

DUVAL. ¡Cielos! Maria.

MARIA. (*Al entrar procura ocultar su emocion, bajo la apariencia de frialdad y de respecto.*) Perdonadme, señor, si

me he atrevido á penetrar hasta vuestra presencia á pesar de la resistencia de vuestros criados... me han informado que vuestra casa está abierta siempre á los infelices y siendo yo muy desgraciada, no he podido menos de visitaros.

JUAN. ¿Mandais algo, señor?

DUVAL. Acercad un sillon, y no dejeis entrar á nadie. (*Los criados se retiran.*) ¡Maria!

MARIA. ¡Duval!... ¡infeliz Duval!... (*Mirándole fijamente.*) ¡Ah! ¡cuanto habreis padecido!...

DUVAL. Maria, vuestra primera palabra ha sido una palabra de consuelo y de piedad... ¡oh! ¡el cielo os conceda tanta felicidad como me haceis disfrutar en este momento!...

MARIA. Mucho os he compadecido, Duval cuando todos os maldecian... y no obstante viendoos volver ahora poderoso y lleno de honores, teniendo tan presente en mi imaginacion aquella noche en que os ví partir miserable y fugitivo...

DUVAL. Ah! por piedad Maria; no salga de vuestro labio tan cruel sospecha.

MARIA. (*Sentándose.*) Esplicadme, pues...

DUVAL. Os acordais de aquella terrible noche que me ví obligado á escaparme de las manos de la justicia... yo no sabia en seguida adonde dirigirme, pues se representaban en mi imaginacion por todas partes la miseria y la deshonra!... y no podia volver atras para presentarme á los jueces de Marignon y esclamar. «Yo solo soy el culpable!» ah! el desgraciado tenia suficientes pruebas en contra suya, y mi sacrificio lejos de salvarle no hubiera servido sino para verme arrastrado á compartir con él las prisiones y la infamia, sin dejarme la esperanza de poder volver algun dia rico y poderoso para arrancarle de su cautiverio.

MARIA. Proseguid!...

DUVAL. Errante y mendigando por espacio de dos años en remotos paises llegué finalmente á Orembourg. Vivia allí un caballero rico y poderoso que acababa de plantear grandes empresas... me presenté á él y tuve la dicha de que admitiese mis servicios... sin que el sello de la fatalidad y de los remordimientos impreso en mi frente le asustase como á tantos otros. Bajo su proteccion tuve la fortuna de poder reunir la cantidad suficiente para cubrir al banco, y desde entonces, no sé porque casualidades

ha coronado el éxito mas completo las empresas mas arriesgadas y sugeridas solo por la desesperacion, dándome por resultado cuantiosas riquezas, y rodeándome de honores. Sin embargo tantos bienes, tanta opulencia no han podido borrar de mi mente el recuerdo de un crímen que me persigue en todos mis sueños. Oía sin cesar una voz severa que me pedia estrecha cuenta de mi falta, pronunciando contra mí terribles maldiciones!... oh! inutilmente procuraba entonces distraer mi imaginacion con el trabajo... se aumentaban mis riquezas y yo era cada vez mas infeliz. Ocho años he soportado esta horrible existencia... ocho años privado de vuestra presencia. Maria! Ocho años con el pensamiento fijo sobre el infeliz Marignon que se me representaba abatido, moribundo bajo el peso de mi propia infamia... ocho años que me han reducido al estado de un viejo decrépito arrastrado á los bordes del sepulcro... porque aquel fatal recuerdo desgataba á un tiempo mi cuerpo y mi alma... porque en mis largas noches de insomnio, no oía como antes el ruido del oro del banco, sino el de las cadenas, y los grillos del presidio de Toulon.

MARIA. Duval tantos dolores, tantos remordimientos podrán sin duda borrar vuestras faltas, y entonces el porvenir...

DUVAL. No hay ya mas porvenir para mí que la muerte!

MARIA. ¿La muerte decís? y yo...

DUVAL. Vos Maria! Hace ocho años que prometisteis ser mia por un juramento casi tan solemne como si hubiera sido pronunciado al pie del altar.

MARIA. Me acuerdo muy bien...

DUVAL. Yo he roto las cadenas de Marignon... pero no he podido borrar la mancha de vergüenza que la opinion del mundo ha grabado en la frente de esa respetable familia. Debo asegurar de manera su porvenir que puedo compensar en algun modo los males que les he causado... Maria!... solo vos haciendo la felicidad del hijo, podeis dar la vida al padre... es pues preciso que una vez que habeis sido la principal causa de mi crímen, seais el principal medio para su completa espiacion... Domingo os ama Maria, y yo pido vuestra mano para Domingo Marignon.

MARIA. ¡Mi mano!

DUVAL. ¡Oh! dejadme la esperanza de que la viuda de Arturo Barloff respetará la última voluntad de José Duval!...

(*Se acerca á la chimenea y tira del cordon de la campanilla.*)

MARIA. ¿Qué es lo que dice? (*Sale Juan.*)

DUVAL. Disponed que mis criados entreguen estas cartas al momento, al momento.

JUAN. Está muy bien, señor: al propio tiempo debo deciros que está aguardando en la antesala un anciano que pide con mucha instancia que le permitais entrar: se llama Marignon.

DUVAL. ¡Marignon!... ¡oh! no, no, que no entre.

MARIA. ¡Oh! sería muy cruel rehusárselo, cuando viene lleno de reconocimiento á bendecir al que le ha vuelto la libertad y la vida.

DUVAL. ¡Pero y si me reconociera!...

MARIA. No, sus ojos están gastados por las lágrimas, y vos mismo estais tan trocado que solo mi corazon pudo reconoceros.

DUVAL. ¿Vos lo quereis?

MARIA. Una negativa desgarraria su corazon: él es el único hombre del mundo á quien vos no debeis negar nada.

DUVAL. Que entre pues. (*Juan sale.*) Debo sufrir resignado este nuevo castigo de la providencia.

ESCENA VI.

DICHOS, MARIGNON *y* DOMINGO *entran por el foro.*

DUVAL. (*Dejándose caer sobre un sillon y ocultando su rostro entre la manos.*) ¡Héle aqui! ¡valor, valor Dios mio!

MARIGNON. (*A Maria.*) Tambien tú hija mia has venido á manifestar á nuestro bienhechor la gratitud de que es tan digno... (*A Duval.*) Perdonad, señor, si os importuna este pobre anciano; pero... ¡ah! es que no hay ningun hombre por mas deshonrado, por mas envilecido que esté por la justicia de los hombres, que no conserve un resto de orgullo en su alma.... y yo he querido que supieseis que el que habeis arrancado á la infamia esta inocente del crímen de que le acusan.

DUVAL. (*Aparte.*) ¡Inocente!... ¡Oh!... sí... sí.

MARIGNON. ¡Señor; os lo juro!... me han condenado injustamente y he padecido el castigo que merecia un desgraciado á quien dí abrigo bajo mi pecho y alimenté con mi pan.

DUVAL. ¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio!

MARIA. Tio, el señor sabe ya vuestra triste historia...

MARIGNON. Pero no sabe cuán doloroso es padecer un suplicio que no se ha merecido, cómo abruma la deshonra que debia recaer sobre otro... y yo le amaba tanto... que hubiera dado mi vida por la suya; y sin embargo él no ha tenido valor para volver á proclamar mi inocencia y nos ha abandonado cobardemente.

DUVAL. ¡Basta... basta!...

MARIGNON. ¡Ah! bien lo veo... la terrible sentencia que pesa sobre mí seria siempre mas poderosa que mis palabras, mas imponente que mis protestas... (*Con sentimiento.*) ¡ah! ya que no me creais; al menos no me negueis un consuelo... Soy ya viejo, y acabado por los años y los trabajos moriré bien pronto, dejad que al menos en mi última hora pueda recordar las facciones del hombre generoso que me ha restituido á mis bijos y á mi libertad. (*Poniéndose de rodillas delante de él queriendo cogerle una mano.*) ¡ Señor , señor!... aun cuando fuese verdaderamente culpable, ¿me negareis esta gracia?... ¡ah! he sentido caer una lágrima en mi mano... es posible... ¿vos llorais?... ¿me creeis en fin?... (*Examinando el rostro de Duval.*) ¡Ah! (*Duval se levanta precipitadamente.*)

JUAN. (*Entrando.*) El señor cónsul os espera.

MARIGNON. ¡El cónsul!...

(*Duval contempla un instante á Marignon y á Maria y despues entra precipitadamente en el cuarto de la derecha: Juan le sigue.*)

MARIGNON. ¡Este lujo... esta riqueza!... ¡oh! no, no, imposible... ¡estoy loco!

MARIA. ¡Ah! él tambien le ha reconocido como yo...

ESCENA VII.

DICHOS, MOULINET.

MOULINET. (*Entrando precipitadamente.*) ¡Uf!... ya estoy aqui... ¡Calla... los Marignon!...

MARIA. ¡Vos aqui!

MOULINET. ¡Si, aqui yo!

DOMINGO. ¿Qué es lo que te trae á esta casa?

MOULINET. (*Enseñando una carta.*) Esto.

DOMINGO *y* MARIA. ¡Una carta!

MOULINET. Y lo mas particular es que la he recibido cuando acababa de salir de aqui.

DOMINGO. ¿Cómo?...

MOULINET. El coronel ruso... porque no hay duda, es un coronel cuando menos, me habia ya mandado á llamar...

DOMINGO. ¿Y para qué?

MOULINET. Voy á deciros: el general, porque de fijo es un general, deseaba que yo le diera algunos informes acerca de vosotros, y lo he hecho con tal elocuencia que el héroe ruso lloraba como un niño.

MARIA. (*Aparte.*) ¡Pobre Duval!

MOULINET. Despues de lo cual me mandó salir dándome un monton de Luises de oro cosacos para la señora viuda Moulinet; pero apenas acababa de despedirme del príncipe cuando me entregaron esto (*Enseñando la carta.*) sellado con las armas de S. A.; me traslado otra vez aqui, y por cierto que al entrar he visto en la puerta una multitud de cobradores del banco.

TODOS. ¡Cobradores del banco!...

MOULINET. Y he conocido á muchos de ellos. Tambien han recibido, como yo, su correspondiente carta y... pero aqui suben.

MARIGNON. ¡Oh, salgamos de aqui, hijos mios, salgamos!...

JUAN. (*Entrando.*) El señor de Barloff os suplica que os quedeis.

DOMINGO. ¿Qué significa esto?

ESCENA VIII.

Los mismos y los cobradores de Banco. La familia de Marignon y Moulinet se retiran al fondo de la escena.

JUAN. (*A los cobradores.*) Tened la bondad de esperar un momento, señores. (*Vase.*)

DURAND. ¿Qué opinais del misterio con que se nos ha hecho venir á casa de este rico estrangero? No parece sino que se trata de transportar al banco todos los millones de la Rusia.

COBRADOR. 1.º El asunto debe ser de importancia; pues que el mismo director nos ha dado la órden.

DURAND. Hénos aqui reunidos á todos los cobradores antiguos de la cuarta brigada.

COBRADOR. 2.º Sí, todos escepto dos.

DURAND. José Duval y el pobre Marignon.

MARIGNON. ¡Oh! han pronunciado mi nombre; aun se acuerdan de mí...

COBRADOR 1.º El uno huyó... y el otro...

DURAND. ¡Dedichado! tal vez habrá muerto de desesperacion!

MARIGNON. No, amigos mios, (*Arrancándose de las manos de su hijo y de Moulinet que le detienen.*) aqui estoy, aun vivo...

TODOS. ¡Marignon!...

MARIGNON. ¡Os vuelvo á ver! ¡Oh! ¡vosotros al menos no me habreis condenado!... (*Todos se apartan de él.*) ¡se alejan de mí! ¡ah! ¡me juzgan culpable!... yo creia que los hombres entre los cuales he vivido 25 años con honor, y á los que llamaba mis hermanos, me harian al menos justicia! ¡oh! este golpe es el mas terrible de todos!...

DURAND. (*Bajo á Marignon dándole la mano sin que los otros le vean.*) Marignon, seas inocente ó culpable, yo no soy tu juez, sino como siempre tu amigo y tu hermano.

MARIGNON. ¡Oh, gracias, gracias!...

ESCENA IX.

DICHOS, EL NOTARIO, EL CONSUL.

CONSUL. (*Con un gran pliego sellado.*) Señores, mi amigo Monsieur de Barloff ha depositado en mis manos unos papeles importantes, cuyo contenido os debe ser comunicado por el mas antiguo de los cobradores del banco pertenecientes á la cuarta brigada. El sobre viene dirigido á Pedro Marignon.

MARIGNON. ¿A mí? Estoy á vuestras órdenes, señor consul. (*Toma el paquete y lo abre.*)

DOMINGO. ¿Qué es esto?

MARIGNON. (*Leyendo.*) Testamento de José Duval antiguo cobrador del banco.

TODOS. ¡José Duval!

MARIA. ¡Un testamento!

MARIGNON. (*Leyendo.*) »Próximo á comparecer ante Dios, declaro que yo soy el único culpable del robo cometido en el banco. ¡Pedro Marignon es inocente!»

TODOS. ¡Inocente!

MARIGNON. (*Sigue la lectura.*) «Mientras se aguarda la pronta rehabilitacion legal del que ha sido condenado injustamente, bien podeis vosotros sus antiguos camaradas, sus hermanos, conceder á Pedro Marignon otra rehabilitacion tan grande, tan respetable como la de la misma ley volviéndole á admitir cordialmente entre vosotros y volviéndole á dar el honroso nombre de amigo vuestro. Y á fin de que desaparezca toda sospecha y se disipe la mas ligera duda, os manifiesto por estenso la entera relacion de mi crímen.» (*Entregándoles un escrito de que se enteran todos. Representando.*) Tomad, leed, leed compañeros!... Será posible ¡Dios mio! no gemiré ya mas tiempo bajo el peso de la deshonra y del desprecio de mis semejantes!

DURAND. ¡Ah! bien decia yo que era inocente. (*Abraza á Marignon, todos le rodean y le aprietan la mano.*)

MARIGNON. Mis amigos, mis hermanos, ¡voy á morir de alegria y de felicidad!

MOULINET. No hay que decir barbaridades, padre Marignon; llora.... ¡vaya en gracia! pero morirse... no faltaba mas.

DOMINGO. ¡Oh! ¡ventura! ¡hemos recobrado el honor; padre mio!

MARIA. ¡Y él Dios mio! ¡y él!

MARIGNON. Oid, aun faltan algunos renglones. (*Leyendo.*) «Suplico á mis antiguos compañeros que me perdonen una falta espiada por los mas crueles remordimientos. Cuando leais este escrito el desgraciado José Duval habrá espiado completamente su crímen. Arturo de Barloff.»

TODOS. Arturo de Barloff! (*Se oye un pistoletazo: Duval aparece ensangrentado y cae á los pies de Marignon.*) Ah!

DUVAL. Ya no podiais pertenecerme, Maria: estaba deshonrado... y debia morir!... Domingo, os confio su felicidad.

MARIGNON. Ah! qué es lo que has hecho, desgraciado!

DUVAL. Perdonadme, Marignon, para que Dios me perdone!

FIN.